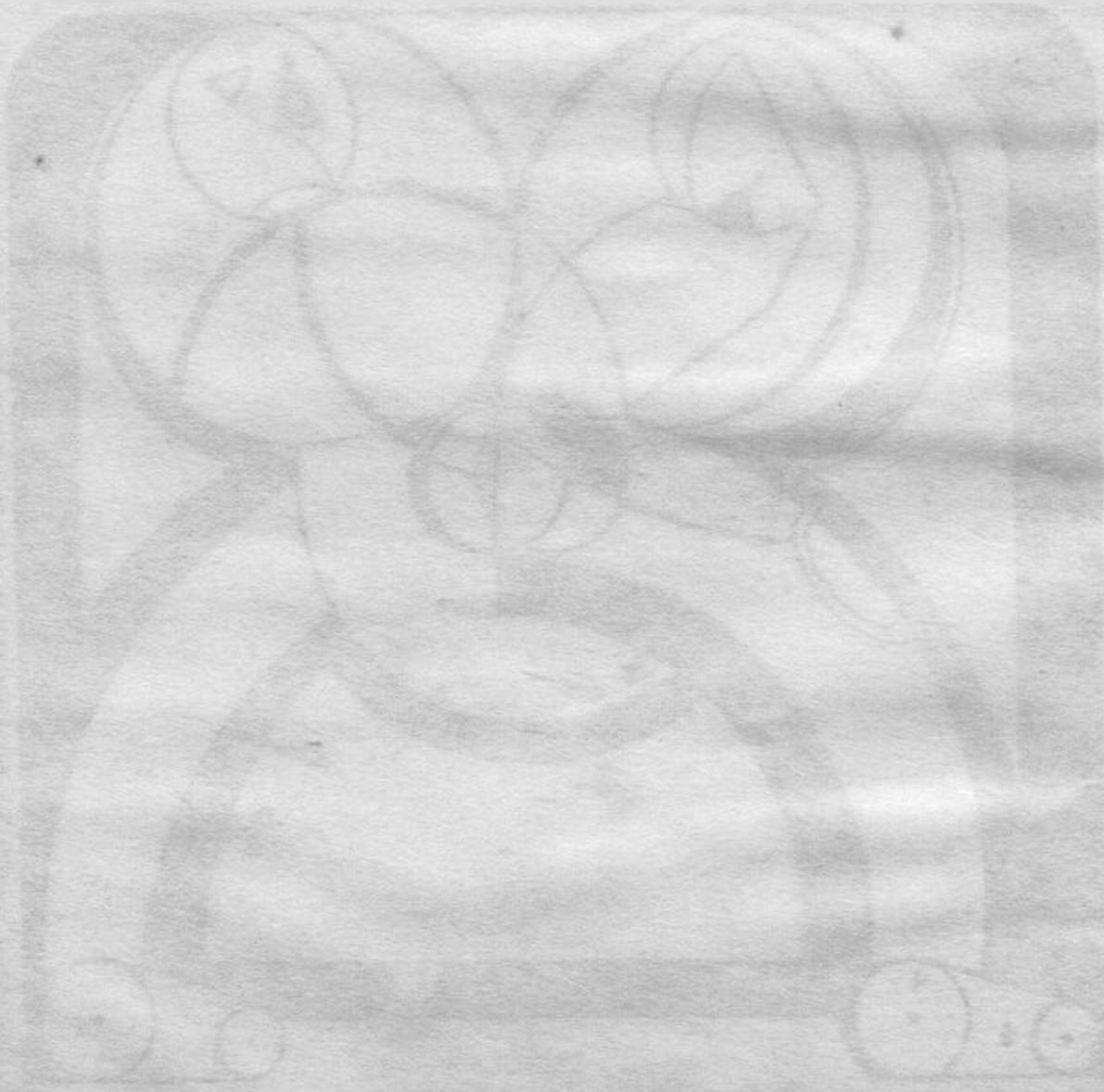
HERNANDEZ- FRANCO

# EL HOMBRE QUE HABIA PERDIDO SU EJE

agencia mundial de libreria
paris — madrid — lisboa



SG
813
F825h

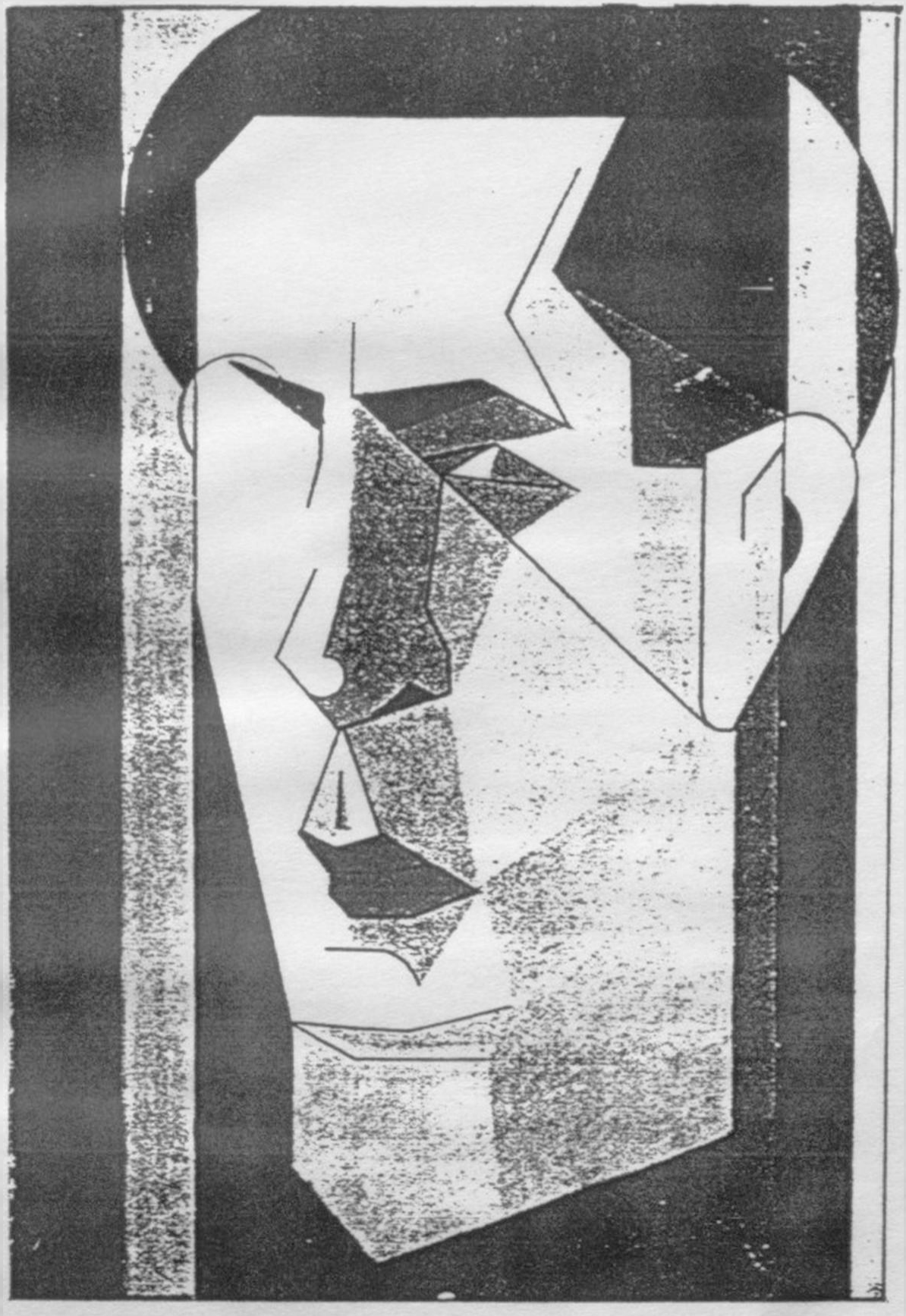
el hombre que habia perdido su eje. . . . . .

agencia-mundial-de-libreria
14 rue des saints pères
paris 1926

Facultad de [illegible]
Biblioteca [illegible]
PROCESOS TECNICOS
REGISTRO No. 043745
SANTO DOMINGO, R. D.

t. r. hernandez franco . . . . . .

jaime a. colson. . . . . .



bernandez franco, por j. a. colson

el hombre que habia perdido su eje.

— t. r. hernandez franco.....

23001

## del mismo autor

*Rezos Bohemios*, (poemas) ..... 20

*Capitulario*, (crónicas)..... 21

*La poésie à la République Dominica*
tada en « Le Camaleon » de Pa
por A. P. Gallien).....

*De Amor. Inquietud y Cansancio*, (poemas. gra-
bados en madera de A. P. Gallien) ..... 1923

## en preparacion :

*El boxeador idilico*, (poemas, ilustrados por Colson).

*10 + 10*, (poemas abstractos ilustrados por A.P. Gallien).

F 825h

hernandez franco

# EL HOMBRE QUE HABIA PERDIDO SU EJE

Prólogo de
E. Gascó Contell.

Ilustraciones de
Jaime A. Colson.

agencia-mundial-de-libreria
14, rue des saints pères
paris 1926

BNPHU

23001
A.R.J.

«Mañana ?... Que' importa ! Mañana yo puedo ser
mismo. mis siete mil años de ayer ».

Del Rubaiyat de Omar Khayyam,
segun la version de Edward Fitzgerald

Biblioteca Nacional
PROCESOS TECNICOS
SANTO DOMINGO, R. D.

# prologo

Hernandez Franco no podia haber pensado en mejor amigo al designarme para tirar el cordón y levantar los cortinajes de éste libro. Pero no habia pensado tal vez en peor prologuista.

En efecto. Todas nuestras coincidencias de camaradas, nuestra cordialidad siempre en aumento y la sólida soldadura de nuestro compañerismo se vuelven lanzas en el dominio literario.

Tenemos una concepción antipoda de la vida y, claro está, que del arte y de las letras ; puesto que el arte y las letras no son sino la interpretación personal de las realidades que captamos.

Esta disparidad de gustos, resulta tan exagerada que destierra las discusiones, toda vez que ni en los puntos de partida ni en las ideas generales coinciden nuestras opiniones, navegantes de opuestas latitudes.

Entre nosotros, la masa multiforme de los amigos de Paris, ya resulta axiomática aquella disparidad de gustos y no hay lugar a comentarios cuando Franco, a mi lado, comenta un libro, un cuadro, una obra teatral y hasta el frivolo tránsito de una mujer.

¿ Será quizá por ésta causa por la que el autor de éste libro original me obliga sinceramente a que se lo encabece con unos comentarios ?

Sus relaciones de amistad con grandes figuras literarias podrían haberle valido para granjearse una presentación altisonante y prestigiosa.

No lo ha querido. Ha pensado en mi, uno de los, hasta ahora, mas oscuros y menos coincidentes con su idiosincrasia.

Pero no hurtaré el difícil cometido y saldré del paso a mi manera.

Hablaré de la persona y del libro, sin perjuicio de generalizar el comentario a fin de que se justifique su inserción en un volumen dedicado al público y pueda tener un interés superior a un simple intercambio epistolar privado, de mi para Franco o de Franco para mi.

Mal de mi grado, tendría que reconocer en el autor de este libro magníficas cualidades de escritor.

Pero vamos a cuentas. Cuando digo « escritor » no entiendo ponderar una gracia de estilista y menos todavía una corrección de gramático.

Hernandez Franco, no es, en efecto, un estilista ni mucho menos un literato ceñido a las duras mallas de la sintaxis y del régimen.

El, que nació poeta, tal y como entendemos la nueva postura de fecundar a las musas, esto es, no para arrancarles meros sonidos orquestales sino para que nos ayuden a soñar un poco con sus evocaciones de otras almas y países, él pués, que nació poeta, tiene, eso sí, el adjetivo que describe, evoca, conmueve, el que insulta y el que ama.

A Franco le basta a veces un toque de color y una

palabra extraña — extrangera a menudo — para apoderarse decididamente de nuestra imaginación y tenerla sujeta entre su prosa, viviendo y sintiendo a compás de ella.

Cualidad magnífica de escritor es ésta.

La ausencia de un vicio, el de la profusión, tan comun y tan notable en escritores de su edad — Hernandez Franco no ha cumplido todavia los 25 años — le dá otra virtud : la agilidad.

Tiene, cierto, una pluma muy ágil Hernandez Franco.

Puede perjudicarle, sin embargo, otra virtud.

Si Hernandez Franco fuera un escritor mediocre, dotado de una facundia ordinaria, no habria peligro.

Virtudes y defectos — me refiero, claro está, a los de órden literario — vivieran en un estado de larva momificadas en su pequeñez hasta la consumación del intelecto.

Pero, en el caso de Hernandez Franco, todos los valores adquieren proporciones considerables, agrandados por el soplo de la recia personalidad que los contiene.

Un ejemplo, tomado de lo fisico, me serviria para espejear sobre lo moral.

A Hernandez Franco le ocurre un dia un incidente personal desagradable.

Nuestro hombre no lo zanja a medias.

Como primera providencia descarga un bofetón y luego, si al caso viene, una carga de tiros.

Quiere decir que Hernandez Franco propende a la hipérbole.

El escritor de gran imaginación, por poco que se abandone cae en una especie de espiral y avanza, avanza, pero no en el sentido de la salida hasta llegar a la luz sino en el encogimiento hasta tropezarse con la axfixia.

A medida que avance, las paredes superpuestas y crecientes de la espiral, aumentarán la opacidad y la estrechez de su recinto intelectual.

¿ Por que estas sugestiones ?

El caracter de este libro es de ambientes viciados. Tiene golpes de sorprendente realismo. Pero, ¿ como negar que la imaginación ha recargado ostensiblemente las tintas del paisage ?

Por ese camino, la « página de arte » que es un trozo de realidad visto á traves de un temperamento — la expresión admirable de Emilio Zola — puede convertirse en un trozo de temperamento falsificado por la « esnobismomania ».

Concluiré mi casi involuntario internaje por los campos de la crítica afirmando mi fé en las calidades de Hernandez Franco, ésta vez también.

He hablado de axfixia.

Pues bien. Preveo el hecho, si el caso se acercara de que el autor de éste libro, que en cuanto a su espiritu semeja a un comienzo de recorrido espiralico hacia adentro en el camino de « lo perverso », preveo el hecho, digo, de que Hernandez Franco descargue, cuando menos lo piense, sus sólidos puños de boxeador sobre las paredes cada vez mas opacas que cieguen su vision de verdadero arte — la realidad, la realidad, la realidad — y nos muestre un camino absolutamente nuevo de llegarnos hasta ella, de bruces, con una fuerza de contraste que nos penetre al sentimiento con un vigor brutal.

Digo que no me evito pensar en Poe y en José Asunción Silva cuando me pongo frente a éstas páginas originales y rabiosas ; y no digo mas porque éste hueco, ofrenda de una cordialidad que lo domina todo, no se

convierta en lo único vano, baldío y afectado de este volumen que hasta en su título — « *El hombre que había perdido su eje* » — es la sinceridad misma.

Pues Hernández Franco es el primero — y acaso el único — que lo cree.

Lo que no cree es que aparece como uno de los escritores mas originales e interesantes de nuestra generación.

Los demas no solo lo vamos creyendo sino que no tardaremos en decirlo.

A menos que — como en cien gloriosos casos — no se nos adelanten los extraños.

EMILIO GASCO CONTELL.

*Paris 1925.*

A mis Amigos-del-Café. A los Terribles-Hermanos-de-la-Orden-de-la-Maledicencia. A la Inepcia. Al Despecho. A la Suficiencia. A los Borrachos, los Pederastas, los Locos, los Hipócritas, los Necios.

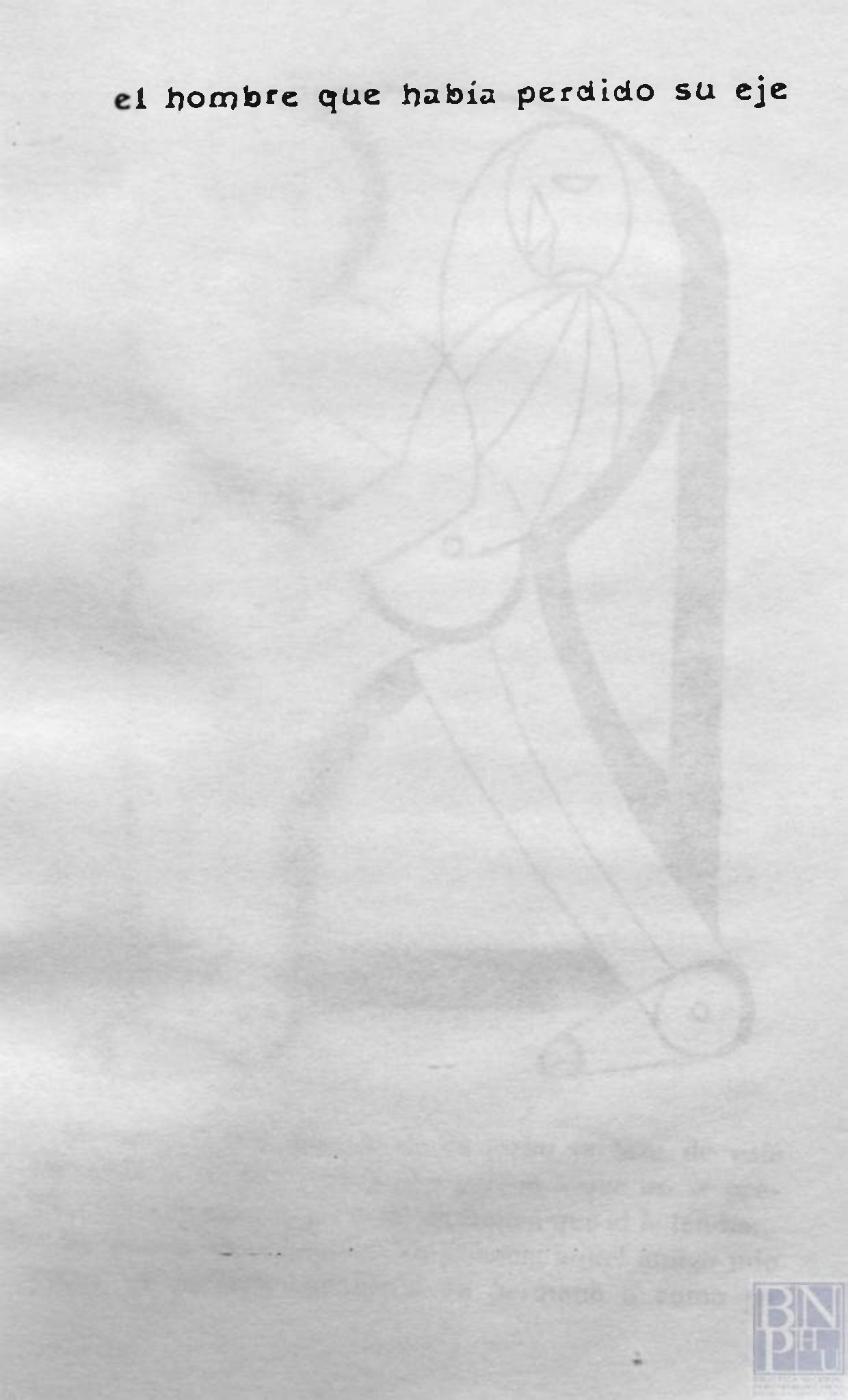
A las Prostitutas.

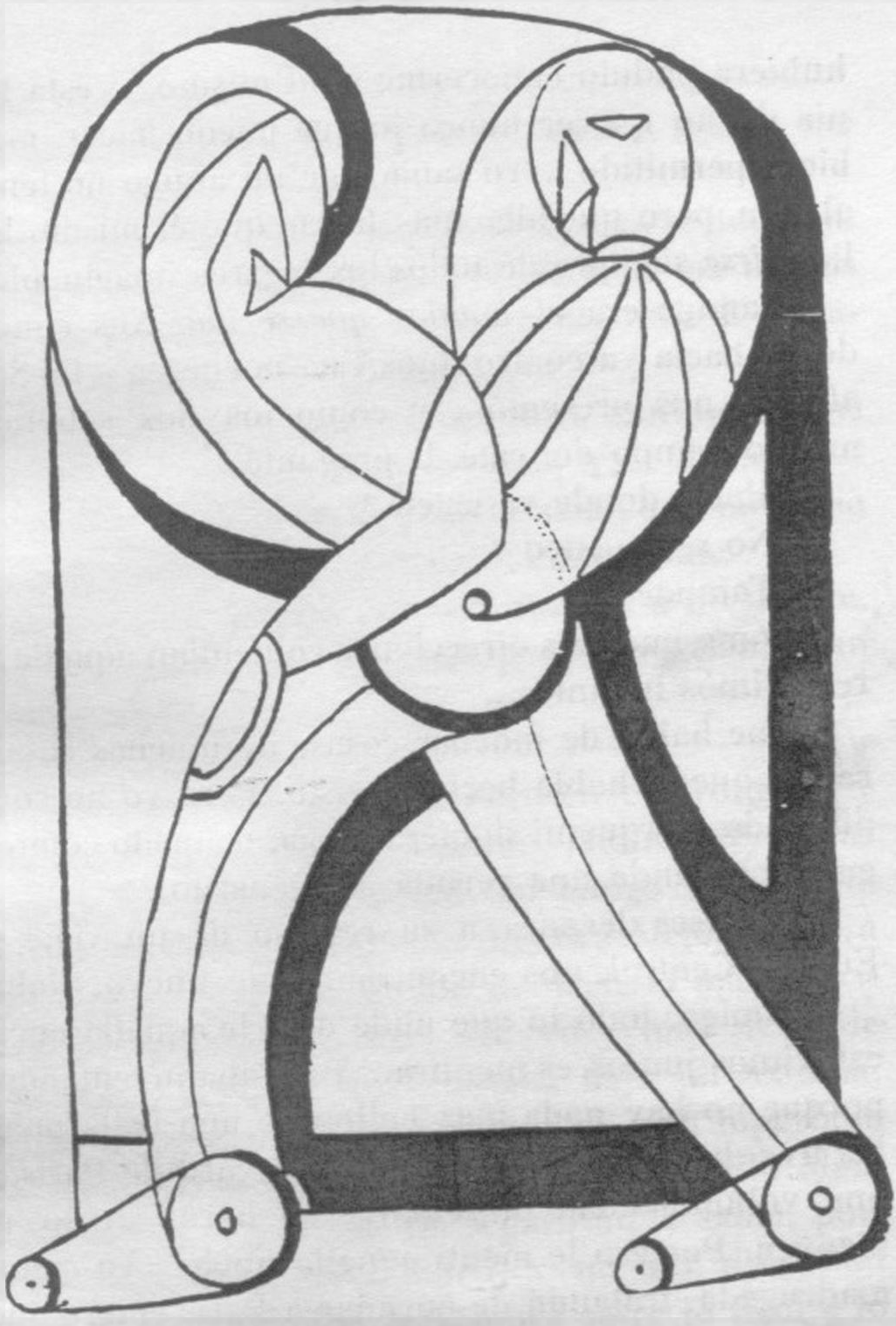
A la Jauría, en fin, yo tiro éste libro como un pedazo de carne putrefacta.

H. F.

# el hombre que había perdido su eje

el hombre que habia perdido su eje





Mi amigo habia apurado de un sorbo su taza de café hirviente y rabiaba contra el « garçon » que no se precipitaba a recoger la pieza de un franco que él le tendia...

Me puse a considerarlo. Yo conocia aquel amigo mio como yo pudiera conocer a un hermano o como yo

hubiera podido conocerme a mi mismo, si ésta loca mania de no querer nunca lo que puedo hacer, me lo hubiera permitido... Yo sabia que mi amigo no tenia prisa alguna, pero que algo mas fuerte que él mismo lo impelia *a irse* siempre de todos los lugares imaginables.

Mi amigo era *el hombre que se iba*. Nos conociamos desde hacia ya cuatro años. Una noche, en « La Source », alguien nos presentó... y como los dos saliéramos al mismo tiempo del café, le pregunté :

— Hacia donde vá usted ?

— No sé, y usted ?

— Tampoco...

Y como nuestras direcciones coincidian aquella noche, resolvimos ir juntos...

El me habló de muchas cosas, de muchas cosas, diferentes que él habia hecho o visto. Pero yo no comprendia nada, pórque ni siquiera le oia, ocupado como estaba en ir rumiando una yerbita de recuerdo...

Seis meses después, a su regreso de un viaje por la Europa Central, nos encontramos de nuevo. Hablamos.

— Amigo, todo lo que pude decirle aquella noche que estuvimos juntos, es mentira... Yo lo iba inventando todo, porque no hay nada mas bello que una bella mentira a las tres de la mañana sobre un bulevard de Paris... Y es una voluptuosidad presentarse en heróe de su propia mentira. Por eso le mentí aquella noche. Yo mentí a la madrugada, tratando de engañar a Paris entero que dormia... gritar todo lo que yo no soy, de miedo de que se vea algo de mi ruinosa realidad. Yo no soy nada. Yo no he visto nada. Recibió mis postales ?

— No.

— Si, las he escrito.

— Pero, yo nunca le di mi dirección !

— Verdad ! No le he escrito nada... Adiós, amigo, me voy...

Y se iba. Yo creo que mi amigo tenia o tiene todavia, donde esté, talento. Cuando me estrechaba las manos para irse me dejaba siempre en un santo olor de paradoja y de sofisma. Un dia le dije :

— Por qué no escribe usted un libro, con todas esas mentiras que usted va dejando en cada frase dicha...

Y aquel hombre que nunca hacia nada, que no sabia lo que podia ser trabajo ni esfuerzo, contéstome :

— Amigo, hace un año que no escribo a mi madre, que es una buena viejecita, todo porque no tengo un minuto disponible.

Y se fué.

Asi eran nuestras entrevistas. Pero en cuatro años, y en Paris, dos personas se encuentran, fatalmente, varias veces. Yo habia descubierto que mi amigo tenia tanto amor por la Verdad como por la Mentira. Mejor dicho, a él le daba igual. El poseia el don de decir la mas horrible mentira, con el gesto mas sincero y mas lleno de buena fé, como también os aplastaba bajo un axioma, con un gesto lejano, como encuadrando una hipérbole absurda. Para mi, él no sabia donde comenzaba la Mentira ni en donde la Verdad. De seguro no lo sabia, porque él era incapaz de nada dificil, y no hay dificultad mayor que esas sutiles demarcaciones entre lo Real y lo Irreal.

Pero, entre paradoja, axioma, hipérbole, frase vaga, lapidaria o cinica ; en cuatro años de todo eso, yo habia reconstruido mi amigo. Los naturalistas se divierten en reconstruir animales antediluvianos, basándose en un

hueso encontrado en alguna caverna. Como conclusión ellos nos han creado esos monstruos cuya presencia es solo explicable en las galerias de los Museos paleontológicos. Reconstruyendo la personalidad moral de mi amigo, yo habia hecho un amigo mio, a mi manera, diforme, difuso, monstruoso, porque yo habia partido de una base insegura : Sus confidencias... Y es de ese tipo-amigo-mio que yo habia creado, que yo os dije que lo conocia tanto como yo pudiera conocer a un hermano.

Y él se iba de nuevo. Calculé que yo estaba en avance de mas de una hora para una cita que me habian dado en ese mismo café.

Mi amigo se habia puesto el abrigo.

— Oye, quédate...

Los ojos de ese hombre que llamo « mi amigo » yo no sé por qué, tuvieron una como opaca expresión de humildad resignada. En la linea de sus hombros, en todo su cuerpo, se prendió un gesto de cansancio irremediable. Se quedaba.

— Mozo, dos whisky dobles !

El café era banal. Yo estoy seguro de que el criado habia sido cochero de casa rica, porque tenia una cara reaccionaria de ex-senador. En un rincón, una manchita de carmin absorbia un café-crema. Al lado mio, un montón de carne, -- que después adiviné que era una mujer — se maceraba en un charquito opalino de anis.

Hacia rato que mi amigo me estaba diciendo algo, pero como no me miraba, crei al principio que le estaba haciendo alguna maravillosa confidencia a la mancha blanco-violenta de su caja de « Abdullah's »... por el tono ronco de su voz y por yo no sé que gesto de sinceridad que dibujaba su mano, escuché :

— ... y si alguien me dijese siempre « quédate » yo quizás no me hubiese ido tanto... ido de mi mismo... porque yo sé que la vida de todos gira alrededor de algún ideal malo o bueno, de un motivo, de una razón de ser. Yo mismo, yo he tenido vagamente esa idea fundamental que es como el centro de gravedad en toda vida... Pero la he perdido maravillosamente una madrugada de éstas entre un alarido de Jazz-Band o una luminosa frase de mujer... no sé donde quédose esa pobre cosa buena que yo traía en mi... y que mi madre había cosido tan serenamente en mi alma cuando me enseñaba a rezar... En este caos de mi mismo una fatalidad centrífuga ha hecho, en mi, nula la fuerza de reacción. A veces yo pienso que la muerte...

— Por qué tu no te suicidas ?

— Imposible... yo he llegado a un punto tan angustioso que ya el suicidio es imposible para mi. Una vez yo había pensado : comprenda, el suicida es el hombre que ha bajado hasta si mismo, que ha pesado el pro y el contra, que, friamente, ha sentido en su cerebro el peso de la inexorable afirmación de Hamlet... El suicida es el hombre que ha logrado un momento de lucidez única, indiscutible. Cuando el hombre dice : « Me suicido », cuando se lo dice a si mismo, esa frase es de una lógica aplastante. Y el hombre se suicida. Pero ya yo no podré nunca. Porque ya yo no sé donde se encuentra ese lejano fondo del alma hasta el cual hay que descender para juzgarse. Porque, ante todo, yo tengo un miedo atroz de encontrarme a solas conmigo mismo... Mozo, dos whisky dobles !... Comprenda, yo soy ese caso único, fatal, ridículo, del hombre-que-no-se-puede-suicidar, del hombre que *no siendo*, esta condenado *a ser*. Por eso yo

me voy siempre, de miedo de que mi visión al acostumbrarse al medio ambiente se revuelva contra mi y me descubra... Porque yo no siento la necesidad de saber como yo soy... Además, todo eso es banal, en el « Carlton » hay unas viejas maravillosas y Harry Pilcer baila en « Les Acacias »... La vida es completamente bella amigo, adiós !...

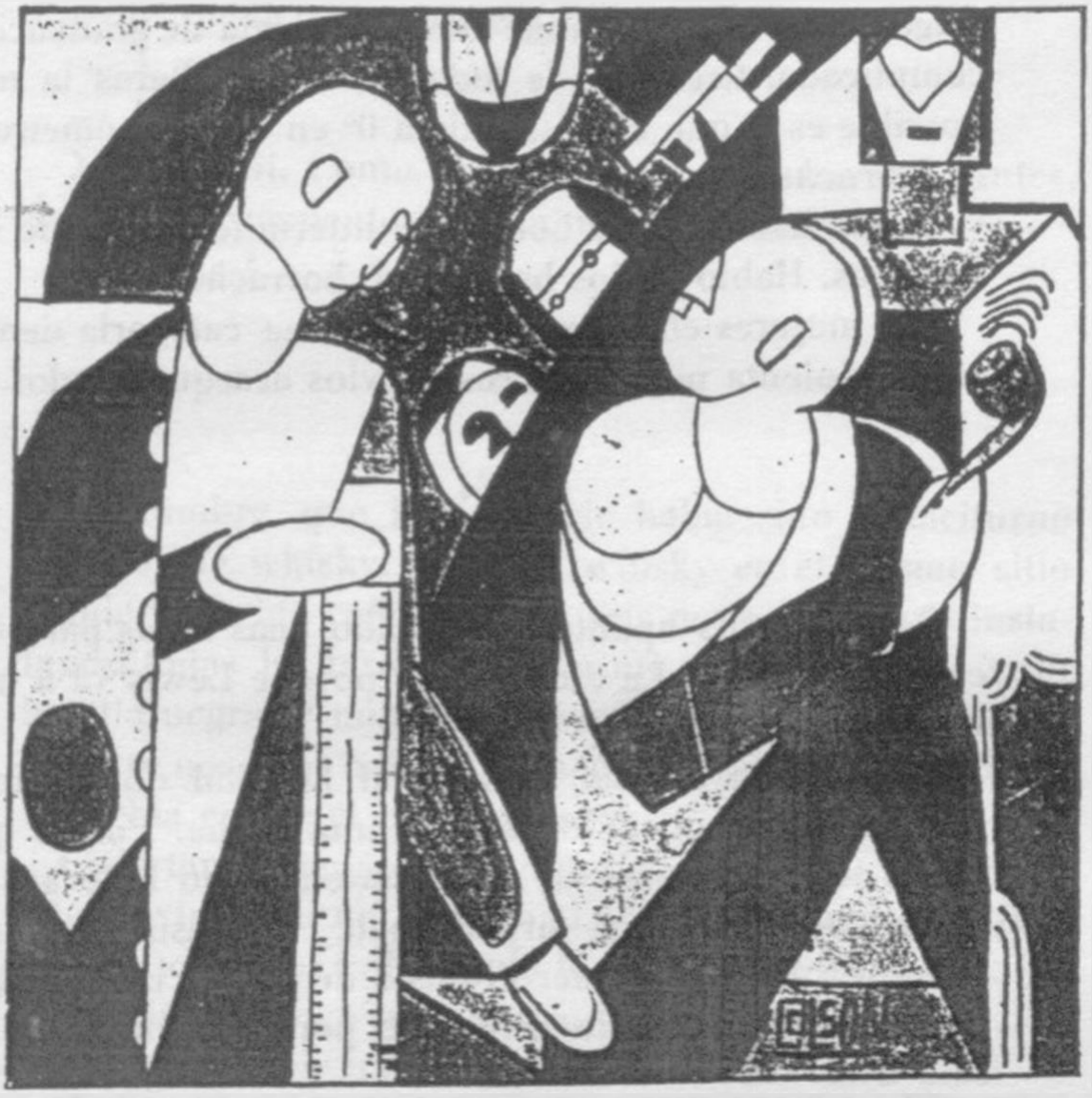
∴

La persona que me dió cita en aquel café estúpido, estaba en retardo. Quédeme solo. De una manera imbecil el reloj me estaba cortando en pedacitos la Vida...

— Mozo, un whisky doble !

*Paris-Bremen 1925.*

# las mujeres de lewis



Yo he conocido muchos borrachos en mi vida. Los borrachos me interesaron una vez, porque sé que cada uno de ellos lleva en si una tragedia aislada, única, diferente de todas las tragedias de los otros borrachos, formidable, sin principio ni fin, estable, perenne.

La cocaina, la morfina, el opio, el whisky. Todo es igual. Hay también el éter que lo hace olvidar todo, menos un triangulito luminoso que se queda irradiando conciencia. Lo que es banal, es que existan gerarquias en el vicio.

Yo he estudiado a fondo los borrachos de whisky. La tragedia del ebrio se mide con una escala de graduación complicada. Creo que de todas las borracheras la más horrible es la que corresponde a 0° en los termómetros : *la borrachera taciturna.*

Yo no hablo de los borrachos intermitentes, ni de los casuales. Hablo de los borrachos, borrachos.

Las mujeres ebrias pertenecen a una categoria demasiado violenta para nuestros nervios desequilibrados.

* * *

De entre mis apuntes, he sacado unas notas para hacer ésta página. La escribo hoy porque Lewis vá a morirse pronto.

He ido a verlo ésta mañana al hospital donde unos agentes de la policia lo llevaron una noche. Parece que Lewis tuvo una crisis de epilepsia en pleno bulevard.

Anoche recibí una tarjeta suya. « Apresurese », me decia, « vá usted a tener el gusto de hablar con alguien que se está muriendo. Pregunte por la cama 18 en la sala B ».

Antes de acompañarme hasta la cama de mi amigo, el médico me habia preguntado :

— Es usted de su familia ?

Sin darme cuenta respondí :

— Su hermano !

En sus ojos hubo una llamita de alegria.

— Señor, su hermano se está muriendo !

No sé por qué le habian prohibido hablar. En un descuido de la enfermera me dijo :

— El médico se parece a Ella.....

— A quién ?

— A El !

Me despedí. Como se debe hacer en casos semejantes, estreché largamente aquella mano temblorosa.

— Adiós !

* * *

El hombre que iba a morir había sido un taciturno bebedor de whisky. El bebía whisky en el mismo sitio donde yo bebía café. Durante seis meses se estuvo instalando todas las tardes frente a mí y frente a una gran botella negra, y nunca cambiamos el mas ligero saludo.

Entre nosotros había una incompatibilidad primordial. Yo bebía café y él bebía whisky.

Cada tarde venía con una mujer diferente. Yo lo estaba envidiando un poquito. Las tuvo de todos los países, de todos los colores, de todas las clases sociales. Lo interesante, que yo nunca vi aquel hombre desplegar los labios para decir una palabra.

Yo bebía cafe y él bebía whisky.

Una tarde llegó solo.

No sé por qué pedí al criado :

— Un whisky para mí !

El hombre de la botella me miró por primera vez :

— Venga a mi mesa !

Aquella madrugada, cuando nos echaron del café, el mundo se había puesto a dar vueltas positivamente. Al otro día, reconstruí mi noche pasada, como pude. Nada mas desagradable que esos « vacíos » de memoria. Mi

hombre era inglés y se llamaba Lewis, como medio millón de sus compatriotas. El habia necesitado siete horas de borrachera para contarme ésto :

— Hace dos años yo vine a Paris con mi madre. Un amigo de Londres nos habia recomendado visitar una serie de lugares « raros » de aqui. Entre aquellos lugares « pintorescos » habia un *bar* que era una Casa de Amor entre hombres. Una noche, yo me habia emborrachado, por primera vez en mi vida, con whisky. Cuando regresaba a casa, encontré a mi madre, vestida para salir, que me rogaba acompañarla al sitio aquel. Ella decia que eso era absolutamente « shoking » é « interessant ». Mi madre no habia notado que las rodillas se me estaban doblando.

Fuimos.

Yo nunca habia visto lugar mas vulgarmente grosero. Habia muchos hombres, desvestidos en mujeres. Banal.

Al lado mio habia una mujer trajeada de bayadera. Espléndida.

Su frente.

Sus ojos.

Su boca.

Sus manos.

Sus senos.

A penas si los senos de un niño fueron nunca mas bellos que los de aquella mujer. Y su boca... usted no ha visto nunca una boca tan roja y tan sabia... y sus ojos ! Yo me estaba diluyendo para siempre en su mirada suave, pesada, provocadora.

Yo pedia mas whisky. Mi madre hacia croquis sobre la carta de vinos. Yo estaba mas borracho que nunca. Aquella mujer me estaba poniendo, con su mirada, una

varillita de hielo en la columna vertebral. Senti la necesidad de matarla. De chuparle la sangre. De hacerle daño. Nadie ha podido amar, desear, como yo lo he podido hacer...

Todavia no sé como élla vino al lado mio, y como élla me besó y como nos besamos. Yo hubiera querido arrancarle con los dientes las cantáridas de sus ojos.

*Aquella mujer tenia dos cantáridas en los ojos.....*

De repente, me dijo : « Ven, querido ! »

Comprendi todo. El obelisco que le cayese a usted sobre el cráneo le proporcionaria igual sensacion.....

*Aquella mujer era un hombre ! !*

Yo le juro a usted que desde « ese » punto de vista los hombres no me interesan. Pero « yo fui » aquella noche. No me importaba ya. La parte hombre de aquel hombre no me interesaba, era la parte mujer que yo queria, que yo deseaba y que yo tuve...

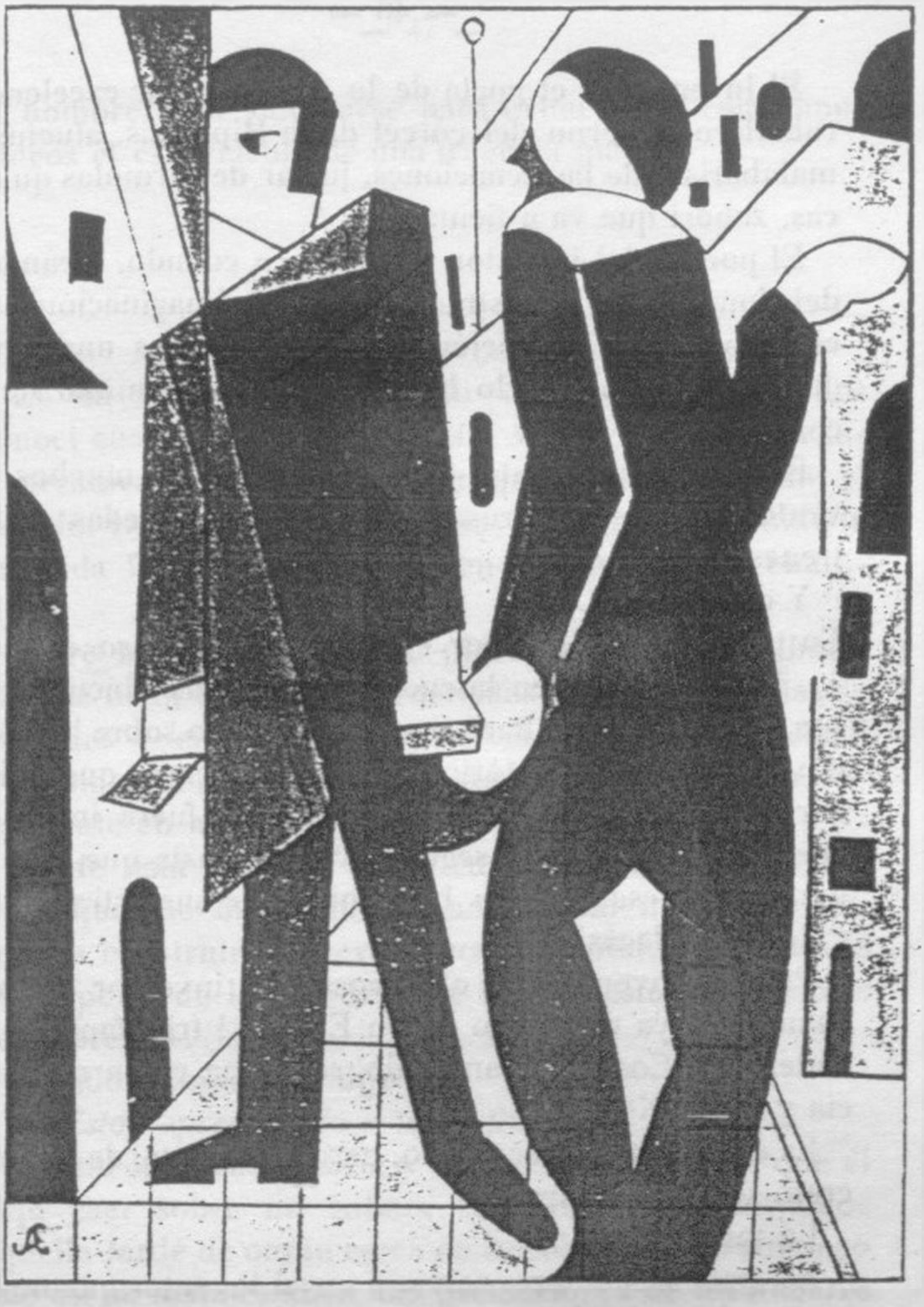
Aquel hombre tenia en si, todas las mujeres que usted ha visto... todas las mujeres que hay en el mundo !

No me recuerdo como se pasaron las cosas. Al otro dia despérteme en mi hotel. Mi madre lloraba solemnemente al lado de mi cama. La pobre, ha muerto ya. Nunca he intentado ver de nuevo a la mujer aquella. La voy reconstruyendo por partes en todas las mujeres del bulevard..... Y he seguido bebiendo whisky.....

Creame amigo, él. *Ella*, tenia dos cantaridas en los ojos.....

*Paris, 1925.*

mi amigo el inventor



El alma de los inventores se consume. en un fuego de inquietud. ante los altares de Onán. — semi-dios. —

Secretaría de Estado de Cultura
Biblioteca Nacional
PROCESOS TECNICOS
SANTO DOMINGO, R. D.

El inventor es el poeta de lo Absurdo por excelencia, caballero eviterno del cárcel de la Hipótesis, alucinado malabarista de las ecuaciones, juglar de fórmulas químicas, zahorí que va a tientas...

El poema del inventor se complica cuando, sacándolo del dominio de lo abstracto — que la imaginación hace elástico — la Gravitación Universal, que es una forma del Sentido Común, lo hace caer en el dominio de lo concreto.

Es en ese momento, justamente, cuando muchos inventores aparecen, bruscamente, bajo las ruedas de los trenes subterráneos.

Y debe ser así.

Un poeta fracasado, por ejemplo, es un caso cómico. Acróbata, inhabil, en la cuerda floja de las Elucubraciones, encontróse, un buen día, gesticulando sobre la malla innecesaria de la Retórica. Y no tiene para que suicidarse. El gesto no sería comprendido, fuera inútil. El poeta fracasado debe seguir viviendo hasta que, por su humildad, desagravie la Humanidad de sus estrambotes y de sus endecásilabos.

Para el inventor es otra cosa. El inventor fracasa cuando, — ya casi lleno de un Eureka ! triunfante — la Materia, la Cosa, lo Inanimado, se anima en su resistencia y dice : NO !

Es el triunfo, momentáneo, pero aplastante, de lo concreto sobre lo abstracto.

La muerte de Ariel.

Es, para el hombre, volver a ser el inventor que no ha inventado nada. Encontrar el *A* grande o el *a* chica que, en una ecuación remota, fué la culpable del desastre, es insensato. Teniendo la conciencia de su responsabilidad.

el hombre debe suicidarse para evitar a sus contemporaneos el espectáculo de una tragedia mas.

∴

En mi vida yo he conocido varios inventores. Los conoci cuando todavia luchaban, sobre el papel, con sus « mecánicas » de imaginación que revolucionarian el mundo. Los conoci cuando todavia no habian sentido la mordida feroz de la Materia, en sus cerebros en ebullición.

Entre boxeadores, poetas, pintores, prostitutas, hombres de bien, invertidos, pederastas y otras categorias de personas — entre las cuales he caido con mi curiosidad y mi sinceridad — los inventores ocupan un lugar inquietante en mi recuerdo.

Desde ésta mañana estoy cavilando sobre la última frase que me dijo Amado Campos, un muchacho que soñaba construir un aeroplano sin motor. — El vuelo atrae, por todo lo que tiene de bello, a estos incansables soñadores —.

Amado Campos me dijo :

— *Estoy aprendiendo a tocar flauta !*

He ahi la frase sombria y sin sentido aparente que él dejó caer sobre mi cabeza cuando nos encontramos aquella tarde de otoño cerca de la Sorbonne. Yo supongo que asi se manifestaban las predicciones de los augures o que asi alambicaban su dialéctica las pitonisas antiguas.

* * *

Yo voy a decir aquí, como las cosas fueron sucediendose hasta llegar a la síntesis de aquella frase.

Nadie me presentó a Amado Campos. Nuestra amistad nació sin que nos diéramos cuenta. Fuimos amigos. Esmirriado, pálido, alto, millonario: tal era Campos. Yo solo sabia de él, que vino a Francia a estudiar francés. Eso me lo dijo él mismo. Yo adiviné que su sastre era un hombre de buen humor.

Pero, un buen dia, entre los espejos empañados de un café, Campos « *me abrió su corazón* » :

— Yo no he venido a estudiar francés... Yo he venido porque quiero lanzar en el mercado mundial un aparato de mi invención. Un aeroplano sin motor. Ya está construido ; venga a mi casa. Lo verá. Júreme por su honor, que usted no es ingeniero... que usted no me robará mi gloria...

Para mi fué fácil demostrarle que bato un record de inexactitud en ciencias exactas. Fuimos.

Evidentemente, el aparato estaba *construido*. Tamaño de diez centímetros, en papel satinado, estaba clavado con un alfiler, como una mariposa, al muro.

— Mírelo !

Lo miré. Aquello no tenia motor. Era un aeroplano. Un aeroplano sin motor.

Felicité a Campos.

De pié sobre una silla, el inventor proyectaba su aeroplano contra el muro y *la pajarita*, dando algunas voltaretas, venia a aplastarse sobre la mesa de noche..... Maravilloso !

— Como *lo* encuentra ?

Sin calcular, respondí :

— Será mucho mejor cuando tenga su motorcito...

Comprendí. Había dicho una barbaridad.

Meses después dejé de ir a ver a Campos, pues siempre lo encontraba, tijeras en mano, haciendo sus aeroplanos en serie. Llegué a creer se había matado al tratar de atravesar el Sena en uno de sus aparatos.

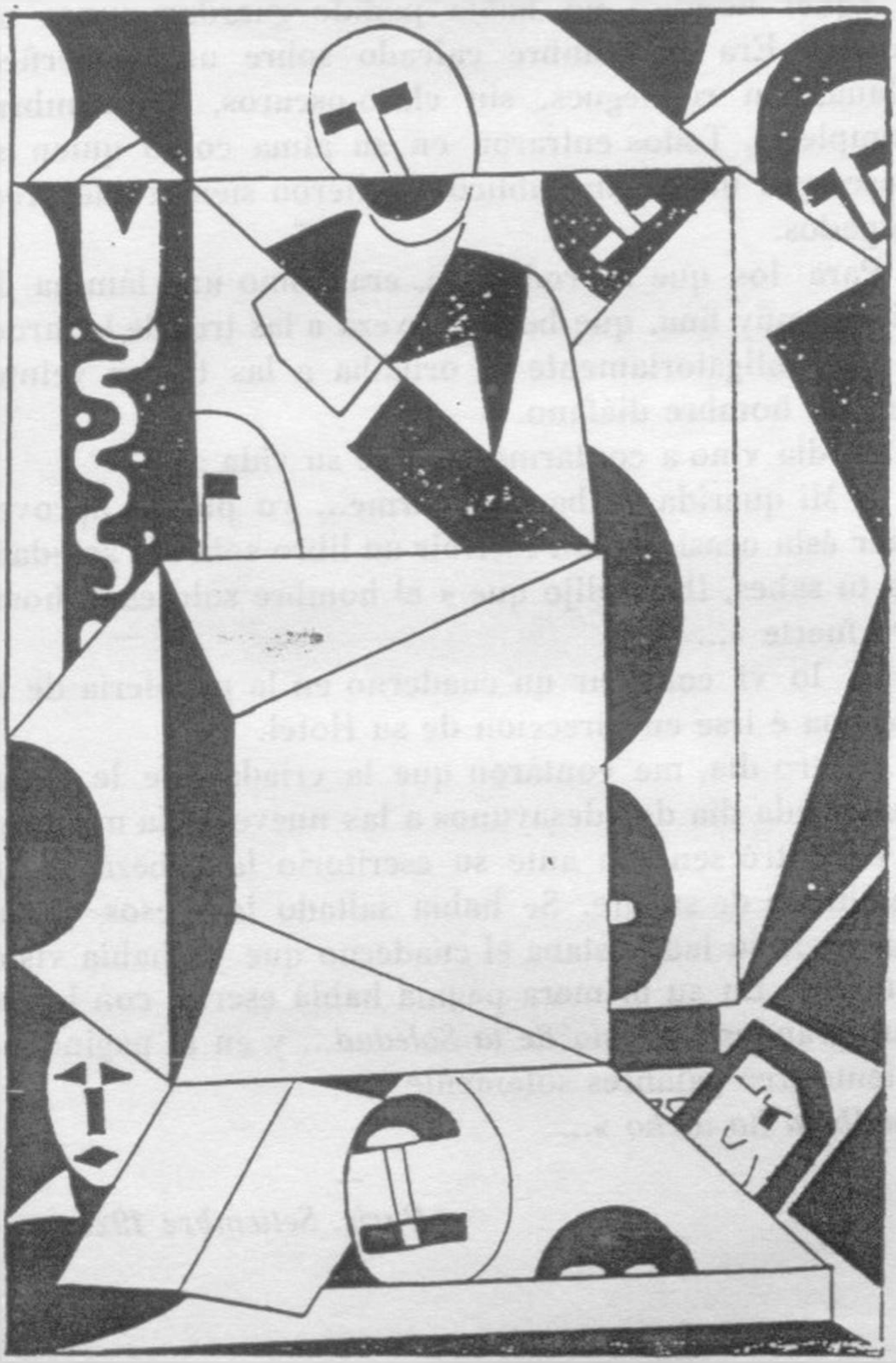
Hace poco lo encontré, por última vez, cerca de la Sorbonne :

— Como te vá, ché ? Y tu aparato ?

Y fué entonces cuando cayó sobre mi, la frase aquella, la frase tremenda ! :

— *Estoy aprendiendo a tocar flauta !*

*Paris. 1925.*



Aquel hombre no habia logrado nunca un momento de soledad. La madre, la nodriza, el aya, los confidentes, las queridas, se lo habian repartido desde siempre.

Aquel hombre no habia podido guardar nunca un secreto. Era un hombre calcado sobre una superficie plana, sin repliegues, sin claro-oscuros, sin sombras completas. Todos entraron en su alma como quien se pasea por un jardin público y salieron siempre despreocupados.

Para los que lo rodeaban, era como una lámina de vidrio muy fina, que bebia cerveza a las tres de la tarde, y que obligatoriamente la orinaba a las tres y veinte. Era un hombre diáfano.

Un dia vino a contarme algo de su vida :

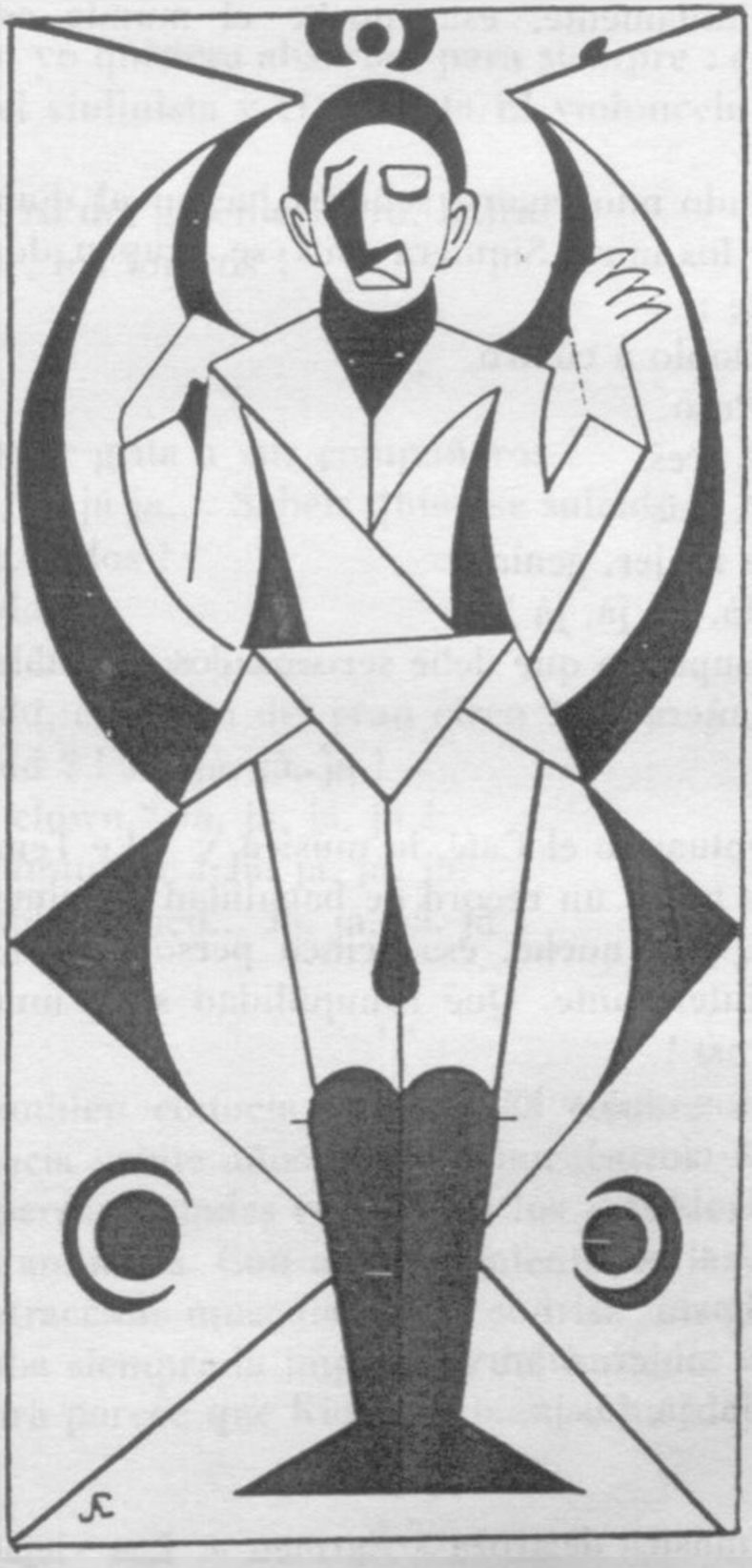
— Mi querida acaba de dejarme... yo pienso aprovechar ésta ocasión para escribir un libro sobre la soledad. Ya tu sabes, Ibsen dijo que « el hombre solo es el hombre fuerte »...

Yo lo vi comprar un cuaderno en la papeleria de la esquina é irse en dirección de su Hotel.

Al otro dia, me contaron que la criada que le subia como cada dia dos desayunos a las nueve de la mañana, lo encontró sentado ante su escritorio la cabeza sobre un charco de sangre. Se habia saltado los sesos de un balazo. A su lado estaba el cuaderno que yo habia visto comprar. En su primera página habia escrito con letras muy grandes : *Elogio de la Soledad...* y en la página siguiente tres palabres solamente :

« *Ibsen ha dicho* »...

*Paris. Setiembre 1925.*



Este es un café grave como un sermón. Hay que oir « Les Cloches de Corneville », leer « Le Temps » y destruir metódicamente nuestro café-crema.

Decididamente, ésta noche el mundo está inhabitable.

* * *

Al lado mio cuatro señores juegan al dominó y una mujer los mira. Siquiera esos se ocupan de algo interesante :

— Doblo a cuatro.

— Paso.

— A tres.

— A seis.

Y la mujer, genial :

— Já, já, já, já !

Yo supongo que debe ser una cosa terrible reirse de esa manera.

* * *

Exeptuando el Café, la música y « Le Temps », éstas gentes baten un record de banalidad unánime. Y sinembargo, ésta noche, esas cinco personas constituyen lo más interesante. Qué tranquilidad si el mundo entero fuera asi !

Yo los oigo y los miro :

— A cinco !

— Doblo.

— A tres.

— Paso.

Y la mujer, maravillosa :

— Já, já, já, já...

* * *

La música destroza « Carmen ». Las viejas llevan el compás con las plumitas azules de los sombreros. En un

bostezo yo quisiera absorber para siempre : el violin, el piano, el violinista y el pianista. El violoncelo ya no me cabria.

El perro del gerente ladra, ladra.

— Olé, los toreros !

∴

La mujer grita a sus compañeros :

— Já, já, já já,... Sabeis quién se suicidó ?

— No, a dos !

— Kidd.

— Quién ? Dos blanco.

Kidd, el clown del gran circo ! Já, já, já, já !

— Kidd ? ! Já, já, já, já !

— El clown ? Já, já, já, já !

— El imitador ? Já, já, já, já.

— Doble blanco... Já, já, já, já !

∴

Yo también conocia a Kidd. El célebre clown que desde hacia veinte años imitaba, por teatros y circos, todas las personalidades conocidas, los artistas, los politicos, los animales. Con un movimiento de las cejas, con una contracción muscular, una sonrisa, un gesto vago, Kidd daba siempre la impresión del imitado.

Y ahora parece que Kidd también se ha ido.

∴

— Paso a blanco, por qué se suicidó el payaso ?...

- Já, já, já... Camarero, otro bock !

— Paso.

— Blanco tres !

— Dice el periódico que Kidd, antes de suicidarse, habia pasado tres dias loco, buscando su cara que el creia perdida..., y que, cuando se arrojó al Sena gritaba : Voy a buscarla ! Voy a buscarla !... Já, já, já, já...

— Ah, Corcholis !... A seis... Já, já, já.

— A tres... Já, já, já, já.

— A dos... formidable !... Já, já, já....

— Paso !... Já, já, já, já !

* * *

Verdaderamente, debo irme a acostar. Esta noche el mundo está inhabitable !

*Strasbourg, 1925.*

gina, la de las manos puras

Para cada mujer hay en el mundo un amante : un verdadero amante que podria amarla con toda su boca, con todo su pensamiento, con todo su sexo... y miles

mujeres terminan la curva inmensa y anodina de la vida, sin haber encontrado nunca el amante que ellas tienen en el mundo. Cada mujer es como un sonoro diapasón que va cantando su nota sensual, buscando la nota afín.

Mirad las mujeres que pasan, hermanos.

Todas las mujeres pueden amarse. Yo he amado enormemente a una mujer, a causa de un lunar que ella tenía escondido entre los vellos de la axila izquierda. Yo preciso, eso tiene su importancia. Aquel lunar tenía un olor a hembra, húmedo y tenaz... Ya sé, aquella mujer tuvo que bañarse mucho para que yo comenzase a detestarla. Pero esa es otra historia.

En el aquelarre de la *Place Pigalle*, donde cada noche un Diablo bufón dice su misa sobre París y sobre el Mundo, yo he visto maravillosos desfiles de prostitutas tísicas, cadavéricas, vivas todavía por un prodigio del éter, o la morfina, o la « coco »... y cada una vendía y vende y venderá siempre una pecaminosa lenguecilla roja, unos ojos enormes y brillantes, los senos y... todo. Y todo aquel montoncito de huesos y de microbios y de frases roncas y de carmín ; encontraba, encuentra y encontrará siempre comprador. Porque todas las mujeres se pueden amar. Todas !

Yo he visto, en algunas madrugadas hoscas, bajo la límpida admiración del chorro de la fuente de la *Place Pigalle* que parece prender en el cielo su candor plañidero y único, la mas brutalmente triunfante de todas las hetairas de este Sagrado-Ombligo-del-Mundo, ecuánime, dominadora, eterna, inmóvil sobre una sola pierna, perfectamente bella, que salvose de yo no se que mutilaciones sangrientas en yo no sé que hospitales... y éste monstruo de belleza imperfectible, ha escalado de nuevo la colina

con su belleza, sus muletas y su pierna, única, conquistadora ! Pensemos, hermanos, en lo que debe ser ese muñón — pues, bajo tanta seda y al lado de la pierna bella y deliciosa debe haber un muñón ! — agitándose como una bandera imposible, mucho mas arriba que el Amor y la Lujuria, en la espeluznante justa de la Carne !

Yo he visto... yo he visto una boca maravillosa, que un dia tuvo la piedad de hacerme la limosna del beso mas infernalmente humano... de cuantos besos infernales y humanos se han prendido en mi boca. Y en aquel beso, donde casi no habia labios, sino encias, lengua, saliva, en aquel prodigioso beso sin dientes, blando, tibio, enorme, yo me hubiese hundido todo, todo, como en un lodito suave, si un súbito miedo infantil no se me hubiese incrustado, de pronto, en una vértebra maldita...

Yo he oido... una noche, en un ambiguo « bar », a una mujer inverosimil decirle a un vejete medio adormecido por la alquimia de un arco-iris de cocktails :

— Paga, ésta noche te dejaré besar, como quieras, la cicatriz...

Y se fueron.

Yo he visto y yo he oido, en otro « bar » no menos infame, la mas desgarbada de las meretrices que Paris haya jamas incubado, gritar :

— Miren !... Hoy mismo he salido del hospital ! Cuatro operaciones ! Yo debiera reposarme esta noche, pero necesito dinero... Miren !

Y abriendo la suntuosidad precaria del abrigo, mostraba la comba humilde de un abdomen absurdo constelado de un esplendorosas cicatrices :...

— Miren !

Ella encontró el amante que buscaba. Convenid en que

debe ser una insigne sensación esa de estrujar bajo nuestra humanidad un comienzo de peritonitis... Pensar :... de ésto, de éste beso, de ésta lujuria mia, ésta querida se va a morir... MATARLA... PERITONITIS... cuatro operaciones !... Por qué no se morirá bajo éste beso, bajo ésta presión ?... Por qué no se morirá... *AHORA* ?

Yo he oido, yo he visto... tantas cosas, tantas, que las gentes nunca pueden adivinar mi edad : parece que he ido envejeciendo, de tanto haber oido y de tanto haber visto.

Pero, — puesto que yo me he propuesto hablaros de todo ésto — yo se también la historia de Gina, la de las manos puras. Si manos de mujer fueron jamás puras, aquellas eran, seguramente, las pobres manos de Gina. Porque Gina llegó a Paris, desde el fondo de sus Pirineos, trunca. Absolutamente trunca. Sus dos manos se quedaron en su aldea lejana, por un albo maleficio de la nieve. Por eso, a pesar de todas las impurezas que Gina pudo ver, élla es siempre para mi : Gina, la de las manos puras...

Y Gina era horrible. Cuando yo digo : *Horrible*, es seguramente porque Gina era lo mas horriblemente repulsiva que es dable ser a una mujer hija de macho y de hembra humanos. Solo los soldados que regresan al cuartel, borrachos, una vez que la campana del reloj ha sonado media noche, o los marineros de esos lanchones gigantescos que ni siquiera se mueven a orillas del Sena, o esos montones de mugre y de miseria que roncan en los huecos de las puertas, hubieran querido « de ella. »

Yo mismo... yo no me hubiése atrevido.

Gina era horrible, como jamás la palabra « horrible » podrá explicarlo. Gina era casi bella, de tan horrorosamente horrible. Indudablemente, Gina era bella. Y Gina

tenia mas amantes ricos, jóvenes y bellos, que no los tuvieron nunca Sarah Bernhart o Mistinguette.

Gina « trabajaba » en una Casa de Amor — llamarla asi ? — de los alrededores de la Opera. La Patrona, empalagosa, obsequiosa, obesa y zalamera, me lo iba contando todo mientras yo me aplastaba la nariz sobre el vidrio del « mirador »...

Yo he visto tanto, hermanos !

Y he visto « trabajar » a Gina. Gina la de las manos puras.

Evocación. Un dia, a la caza de algo pintoresco y gracias a un amigo, yo pude ver, en un hospital, a uno de los mejores cirujanos de Paris, operar. Y ante el paciente dormido, aquel hombre de mundo tenia exquisiteces de gestos y gallardias de posturas.

Gina lo superaba.

Ante su « paciente », élla permanecia hierática, como una pitonisa de cuya boca fuese a salir, definitivo, el Porvenir. Gina parecia una araña erudita y momificada. Momificada no. Gina poseia el ritmo del gesto y, con los muñones que blanqueaban, élla hacia sobre los flancos del hombre, que se anonadaba bajo la caricia, toda la expresiva belleza de dos manos mágicas !

No quise ver mas. Sali.

La Patrona me acompañó hasta la puerta con una vaga sonrisa de complicidad... :

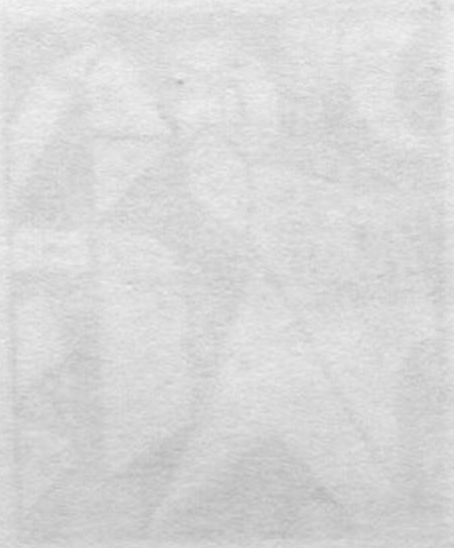
— Pase la voz a sus amigos, señor...

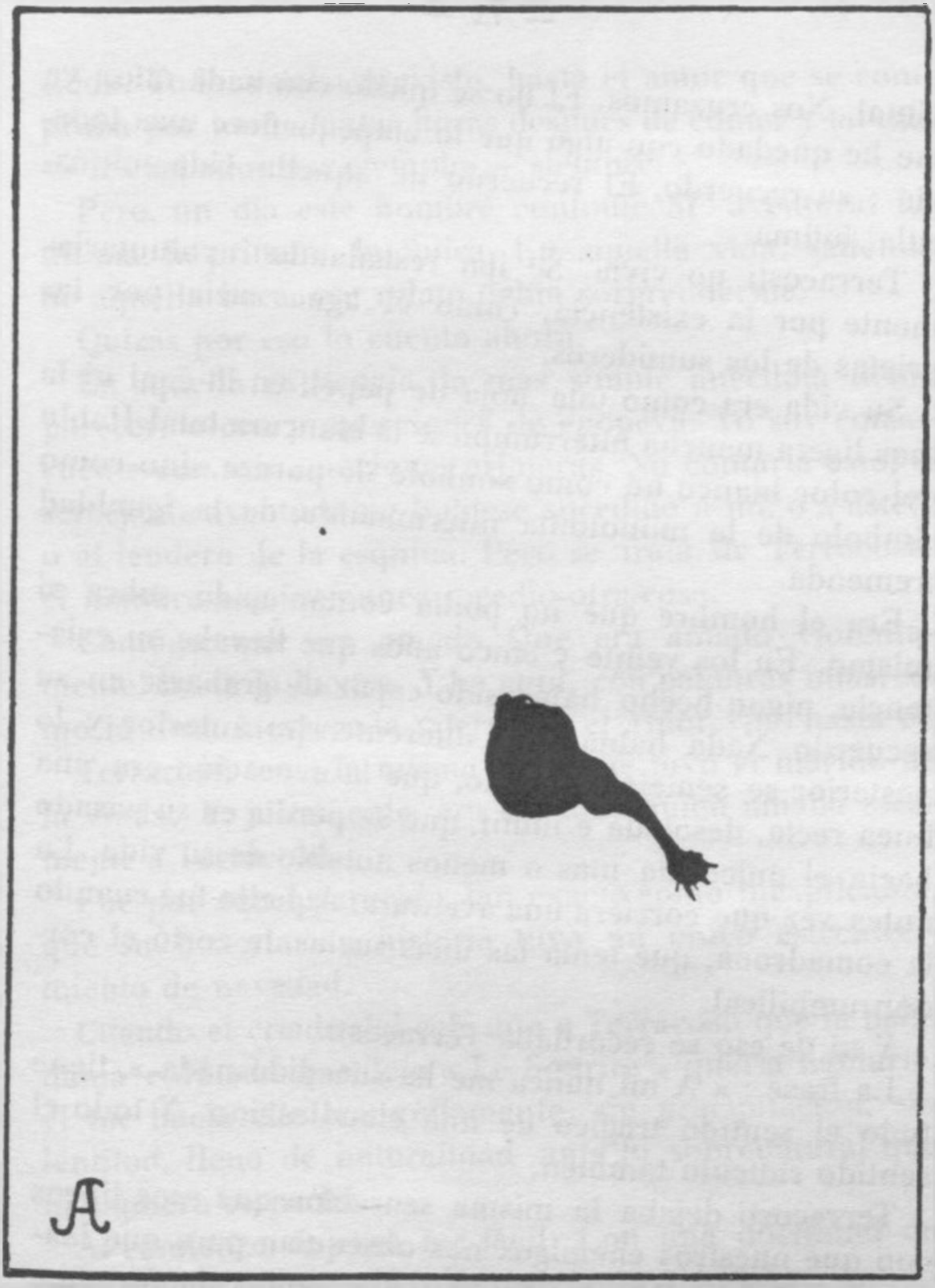
No. Yo no detesto lo suficiente a mis amigos para hacerles ver lo que yo he visto.

Yo he escrito simplemente éstas lineas, no por la Gina de ahora, ni por la Patrona de Gina, ni por mi, ni por

vosotros, hermanos... sino a la memoria de las manos puras, eternamente puras, de Gina...

*París, 1923.*





La amistad de Terracosti ha sido en mi vida como el recuerdo de una frase banal oida a pesar nuestro no sabemos ni donde ni cuando.

Aquel compañerismo no turbó nunca mi soledad espi-

ritual. Nos cruzamos. El no se quedó con nada mio ; yo me he quedado con algo que lo empequeñece mas todavia : su recuerdo. El recuerdo de aquella vida minúscula, intima.

Terracosti no vivia. Se iba resbalando involuntariamente por la existencia, como el agua sucia por las grietas de los sumideros.

Su vida era como una hoja de papel, en la cual ni la mas ligera mancha interrumpiese la blancura total. Hablo del color blanco no como simbolo de pureza, sino como simbolo de la monotonia interminable, de la igualdad tremenda.

Era el hombre que no podia contar nada sobre si mismo. En los veinte y cinco años que llevaba su existencia, nigun hecho habia sido capaz de grabarse en su recuerdo. Nada habia sido diferente. Lo anterior y lo posterior se semejaban tanto, que la evocación era una linea recta, desolada e inútil, que se perdia en su pasado hacia el único dia mas o menos notable de su vida. La única vez que corriera una aventura. Aquello fué cuando la comadrona, que tenia las uñas sucias, le cortó el cordón umbilical.

Y ni de eso se recordaba Terracosti.

La frase : « A mi nunca me ha sucedido nada », tiene todo el sentido trágico de una claudicación. Y todo el sentido ridiculo también.

Terracosti dejaba la misma sensación que esos libros con que nuestros enemigos nos obsequian para que leamos en el tren. Después de leerlos, creemos siempre que hemos saltado centenares de páginas, de tan poco que se nos grabaron los centenares de páginas leidas.

Era una vida sin sorpresas, como un itinerario de viaje

Cook. Todo, estaba previsto, hasta el amor que se compraba por tanto, tantas horas despues de comer y tal dia, — los sabados por ejemplo — siempre.

Pero, un dia este hombre contome *SU* aventura. La última, la primera, la única. En aquella vida, saliendo de aquella boca, ese relato debia sorprenderme.

Quizás por eso lo cuento ahora.

En aquella existencia, la mas simple anécdota debió parecerme con proporciones de epopeya. Yo soy consecuente con mis emociones primeras. No contaria esto, si semejante aventura me hubiese sucedido a mi, o a usted, o al tendero de la esquina. Pero se trata de Terracosti, el hombre-a-quien-nunca-sucedió-otra-cosa.

Contóme que era amado. Que era amado violentamente, hasta la locura. Y he aqui, con palabras mias, como la Cosa inesperada y terrible, el Amor, vino hasta él.

Terracosti tenia la misma cara que tuvo el marido de la viuda. Y, justamente, era la viuda quien amaba locamente a Terracosti.

Fué por aquel parecido, tan exacto como inexplicable, que su historia sin historia tuvo un único estremecimiento de novedad.

Cuando el criado del café dijo a Terracosti que la bella dama enlutada que leia « Le Sourire » queria hablarle, él fué hacia ella tranquilamente, sin precipitación, sin lentitud, lleno de naturalidad ante lo sobrenatural que ni siquiera sospechó.

Al comienzo, la cosa fue fácil. Con una docilidad de cera blanda, Terracosti adáptose tanto a su papel que al fin creyó que el habia sido siempre el marido de aquella mujer. Como mirando en su propia vida pasada descubrió tan poco : hizo como un molusco que cambiase de

caracol, y se metió todo entero, y con intenciones definitivas, en la vida *del otro*, del difunto. Terracosti aprendió a amar, a caminar, a hablar, a ser, como había amado, caminado, hablado, sido, el señor Durand, bolsista.

Y era amado.

Pero, una noche, su amante le dijo :

— Recuérdate ; antes de morirte me habías prometido amarme de la manera que tanto te había pedido. Me habías prometido la suprema caricia, tanto deseada. Tu siempre cumpliste lo ofrecido...

A pesar de un esfuerzo de memoria, Terracosti no recordaba lo prometido por Durand. La viuda, joven, bella, ardiente, explicó.

Terracosti tembló de asco :

— No ! Eso no !

La aventura estaba terminada. El vivo sintió un odio profundo contra el muerto que se había comprometido a semejante cosa. Las lecciones de amor que recibiera una que otra vez en su vida, no llegaron a tanto. Eso no podía ser !

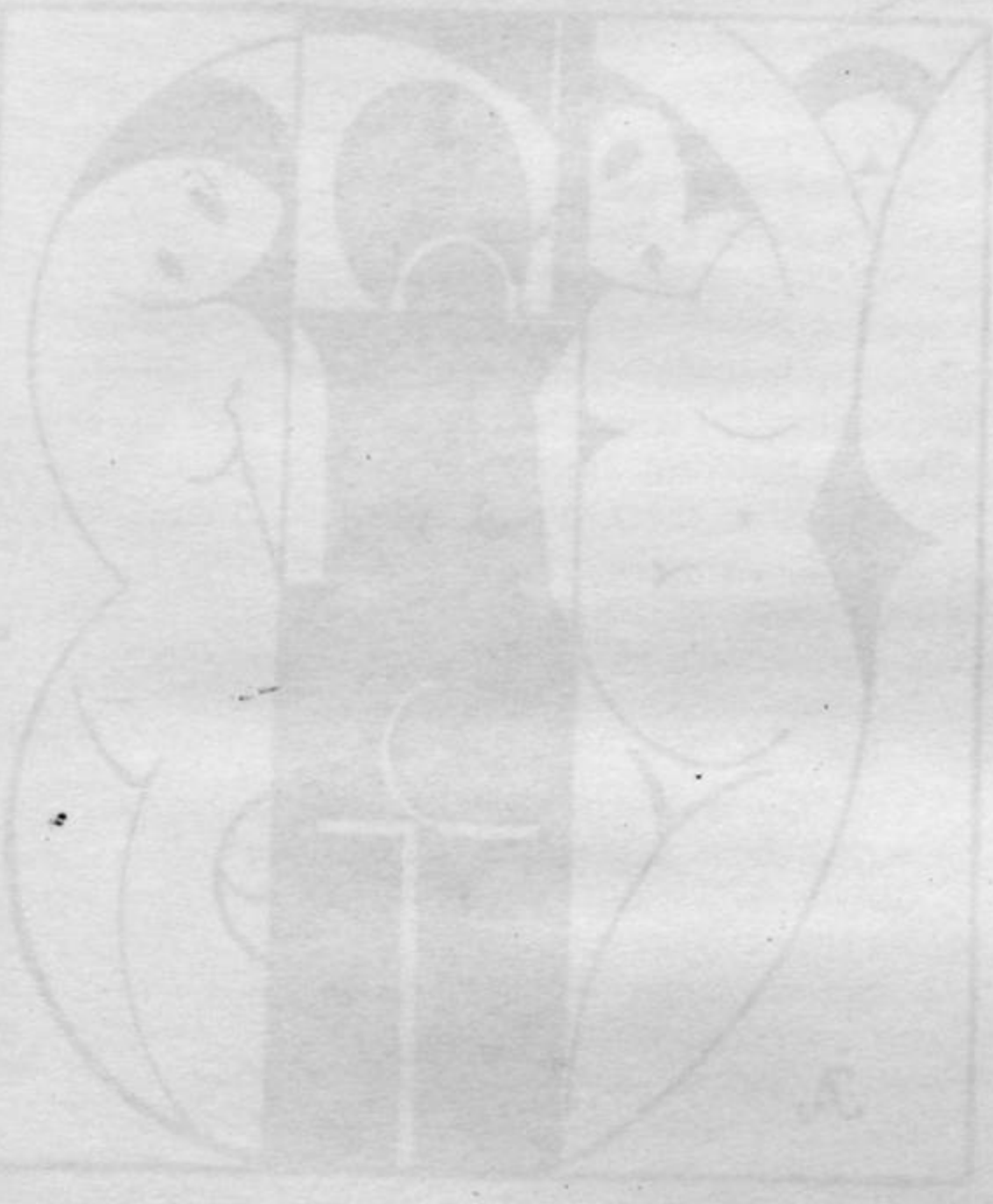
Terracosti quiso volver a ser Terracosti. Es decir, nada. Hubiera llegado, en su inquietud, hasta afeitarse las cejas para destruir aquel parecido que lo obligaba al cumplimiento de una promesa que ya el estaba seguro de haber hecho.

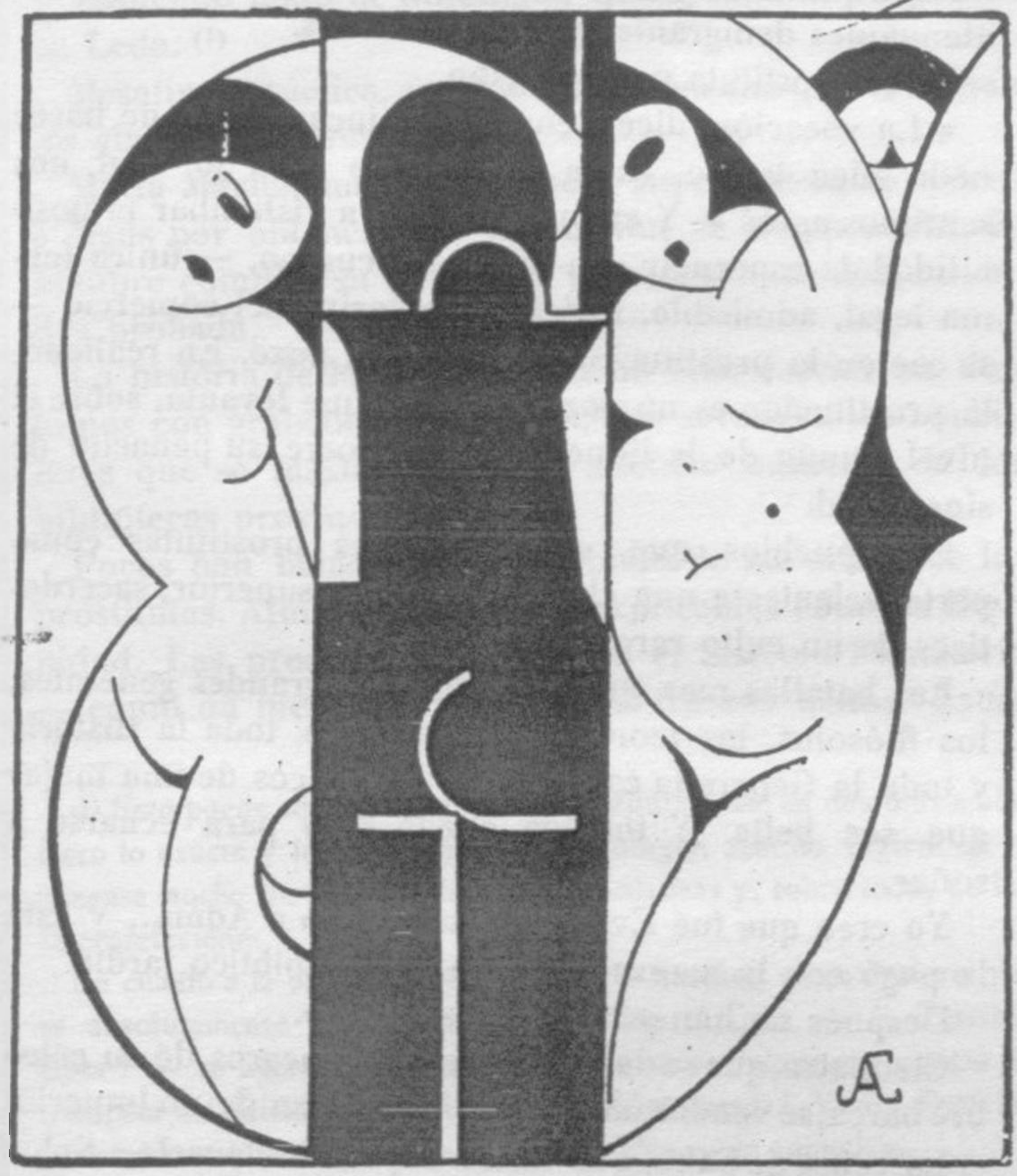
No, él no podía !

La viuda volvió a vestir el traje negro, aún cuando élla tuviese más la sensación amarga de un divorcio que la triste seguridad de su viudez.

Y Terracosti volvió, naturalmente, como un líquido que busca su nivel, a su vida de siempre. A su vida donde nunca sucedió otra cosa. *Paris. 1925.*

# elogio de las prostitutas





Las prostitutas son la venganza del Diablo sobre la Humanidad plana y desaborida.

La Fatalidad y la « lucha por la vida », son pretextos caducos que nacieron gastados de la imaginación de los autores de novelas por entregas y que los poetas aceptaron luego. Por no contradecir, los poetas aceptan todo.

De ahi que se hayan creado sobre la prostitución esos atenuantes denigrantes y conmovedores.

Se es prostituta por vocación.

« La vocación, dice Renan, es la incapacidad de hacer nada bien hecho, fuera de aquello para lo cual nos sentimos aptos ». Y cuando se llega a vislumbar la posibilidad de especular con su propio cuerpo, — única forma legal, admisible, lógica e inofensiva del comercio — se cae en la prostitución como en un pozo. En realidad, la prostitución es un pozo artesiano que levanta, sobre el nivel común de la honestidad mediocre, su penacho de sinceridad.

Hay pueblos que consideran las prostitutas como pertenecientes a una clase abnegada y superior, sacerdotizas de un culto raro y simple.

Las batallas mas grandes, los mas grandes generales, los filósofos, las teorias, los principios, toda la Historia y toda la Geografia caben entre los iliacos de una mujer que sea bella. Y todavia queda sitio para echarse a soñar.

Yo creo que fué Eva quién se vendió a Adán... y éste la pagó con la manzana más bella del biblico jardin.

Después no han adulterado el suceso.

Cleopatra, que se daba a los remeros negros de su célebre barca, se vendió un dia por la promesa de un Imperio.

La reina de Saba, que hubiera querido llevarle a Salomón su virginidad sobre una bandeja de plata, se vendia a la fama del Rey Sabio.

Maria, por refinamiento, tuvo un hijo, que después fué un grande hombre, de sus amores adulterinos y antinaturales con la Paloma del Espiritu Santo. Seguramente, se habia deformado su moral con « lecturas perniciosas »

y, habiendo leido la mitologia, quiso superar la proeza de Leda. (1)

Mesalina, práctica, aceptaba las monedas que le daban los gladiadores borrachos.

Maria Magdalena, pusilánime y superticiosa, se vendió a Jesús por obtener una reputación de arrepentida. El hombre cumplió su palabra y ésta ha sido su única mentira probada.

La historia de la prostitución ha sido escrita en diez tomos con grabados en colores, que solo leen los bachilleres que se masturban en el silencio húmedo de las bibliotecas provincianas.

Pocos han bajado hasta el fondo de las almas de las prostitutas. Almas sombrias e inexplicables como la Eternidad. Las prostitutas se barajan el Sistema Planetario — como un juego de naipes — entre sus dedos. Están

---

1) Esto puede ser una inexactitud y seguramente es una blasfemia. Pero lo exacto y lo inexacto no tienen ningun sentido lógico en la inmensa noche de las Paradojas y los Sofismas y, sobre todo, de las Interpretaciones.

En cuanto a la blasfemia, — valgame el descaro — yo declaro que es absolutamente voluntaria Parece que el Caos, — la Terrible Cosa ! — se acerca. Pronto debe sonar sobre nuestras cabezas la trompeta del Juicio Final. E! Apocalipsis se acerca ! Varios Profetas modernos — honorablemente escandalizados — lo anuncian.

Yo propongo que nuestra actitud, ante lo irremediable, sea de Buen Humor... La Humanidad va a morir ! Seguramente morirá una cosa bella y buena, *the best in the World !*

Ante la Justicia Divina. solo la Blasfemia, la Blasfemia espantosa, llena de risa y de desdén, podrá consolarnos. A pesar de ser bastante relativa, esa es siempre una venganza.

Y, toda venganza consuela.

hechas para lo inverosimil y poseen secretos inauditos de catástrofes y de cosas siniestras.

Las engendró el Diablo el dia del *Fiat-Lux*, avergonzado de su derrota.

Son hijas de la Noche.

Son la Noche misma, hecha carne de mujer.

Los hombres que han sido amados por una prostituta? quedan aniquilados y enfermos. Apergaminados en el único recuerdo luminoso de sus vidas, se consumen de tedio en la vulgaridad sombria de sus despachos ! Pero, pocos hombres pueden morir asi... por haber sido amados.

La prostituta que ama, viene hasta el hombre cargada con el fardo enorme de las caricias que le pagaron todos los otros hombres que la amaron antes. Viene pesada, densa, del deseo de los otros. Por eso es que aplasta, que mata. Ningun hombre puede luchar y triunfar contra tanta animalidad. Sucumbe. Y ha sido la legión inmensa de los hombres sedientos de amor que lo ha matado.

Y esa es la venganza del Diablo.

* * *

En los grandes acontecimientos de la Historia, pasa, a veces, como una ráfaga, una prostituta prestigiada de milagros.

Encontrarse, súbitamente, con el animal inevitable, asombra. Olvidabamos la perspicacia del Diablo.

Así, cuando, Ricardo Palma cuenta que, una noche en Kingston, Simon Bolivar salvó su vida gracias a una joven prostituta dominicana, — de nombre Manuela, creo

— aporta, a pesar de la dispéptica contradicción de Rufino Blanco Fombona, una prueba, para ésta tesis mia, de lo milagrosas y lo sobrenaturales que son las prostitutas.

Y para ésta Manuela, -- insigne compatriota mia — simbolo de toda su raza, que en una hora de placer puede cambiarmos el Eje de la Tierra, yo propongo un monumento ! Un monumento glorificándola a élla y a todas las que como élla han sido :

Yo propongo que se construya una columna.

Una columna mingitoria !

*Paris, 1925.*

# la mujer sin olor

No sé por qué yo había enviado aquel telegrama. Ahora, todo lo pasado pertenece a lo definitivamente irreparable.

A veces amanecemos con unas ganas locas de acostarnos con una mujer que poseímos hace seis meses, o un año, o más. Y la poseemos de nuevo. Aquello es como

si atrasáramos todos los relojes del mundo. Ponemos una emoción retrospectiva sobre nuestro mecanismo sensual.

« Ven ».

Y élla, naturalmente, se me apareció en el rápido de las doce de la noche. Sobre el andén yo espiaba el cuadrante luminoso de la estación. A las doce menos dos minutos, yo habia logrado tener las manos húmedas como en los tiempos de mis primeras citas.

— Buenos dias !

— Buenos dias !

Nos estrechamos las manos. Llovia. Durante el cuarto de hora de sacudidas que nos propinó el taxi por todas las calles de la ciudad, no nos dijimos nada. Llovia más. Para qué preguntarnos algo ? Lo sabiamos todo. Ella se habia acostado con muchisimos hombres y yo con muchisimas mujeres.

De entre mis papeles yo habia sacado un retrato de élla y lo habia puesto sobre mi escritorio junto a un gran ramo de flores.

— Nos acostamos ?

Todo aquello estaba escrito. Debia ser así. Desde hace tiempo, yo no trato de reaccionar ante la Fatalidad. Pero yo sé que yo no debí nunca enviar aquel telegrama.

Aquella fué una noche espantosa. Llovia. Yo me sentia completamente incapaz. Mis veinte años temblaban de remordimientos.

Ella no era « élla ». Yo buscaba sobre su bello cuerpo, blanco y desnudo, a la mujer de hacia dos años. Imposible. Para serme grata quizás, antes de venir, se habia lavado tanto, se habia perfumado tan sabiamente, que no era « élla ». Yo tenia entre mis brazos una mujer nueva

y yo estoy harto de nuevas mujeres. Ella era la mujer Houbigant o la mujer Coty, pero no era ELLA !

En vano busqué la fragancia agria de sus cabellos, sobre su nuca, en las axilas rubias, en todo su cuerpo. Aquella mujer habia perdido miserablemente su olor. Y estoy seguro de que fué por aquel olor que yo habia enviado aquel telegrama.

Angustiosamente, pavorosamente, yo la respiraba. No, no era « élla ».

Como una hermana, acariciándome los cabellos lentamente, élla me perdonaba :

— Duérmete...

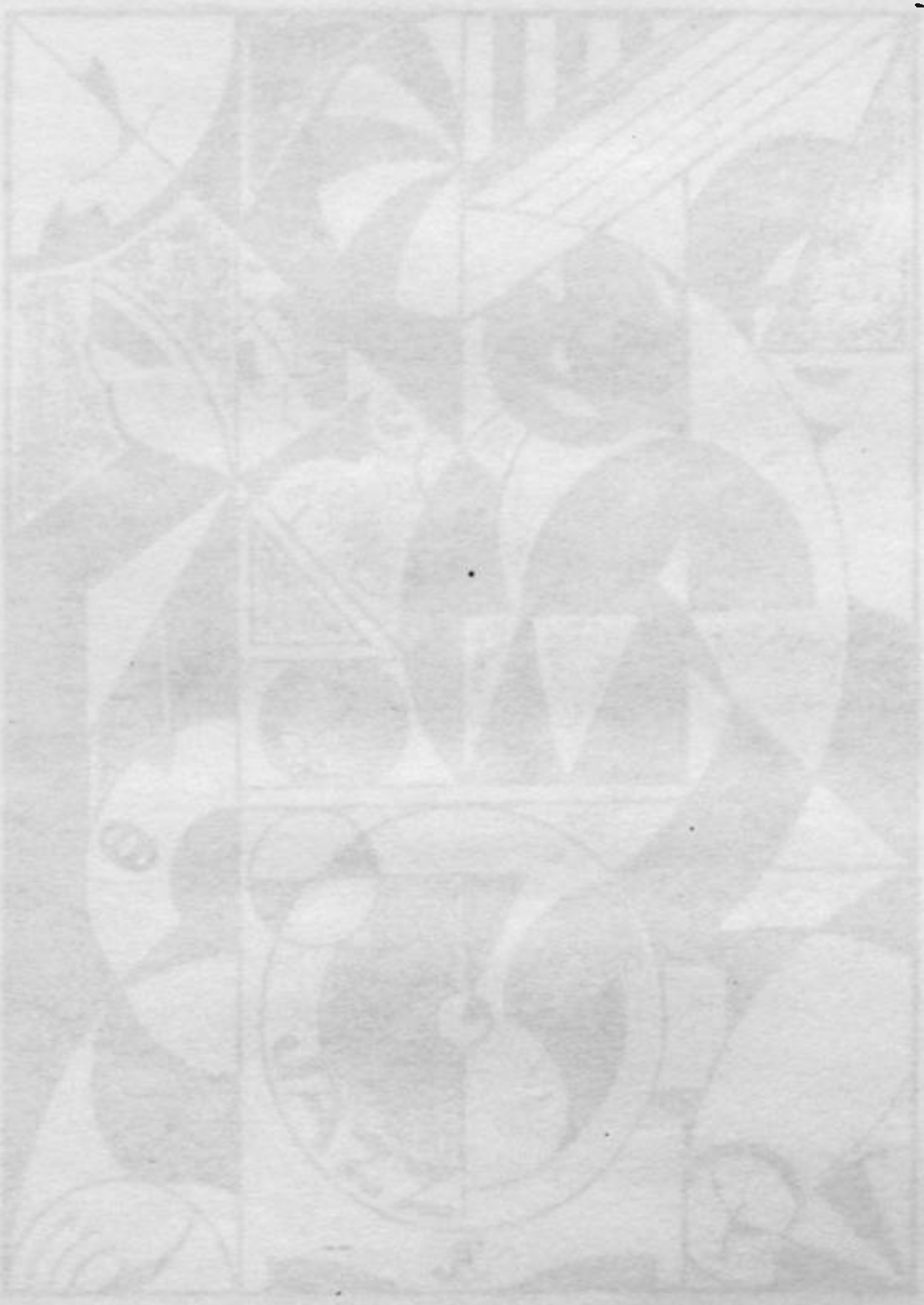
Al otro dia élla se fué en el rápido de las ocho de la mañana. Sobre el andén, yo decia : Adiós !

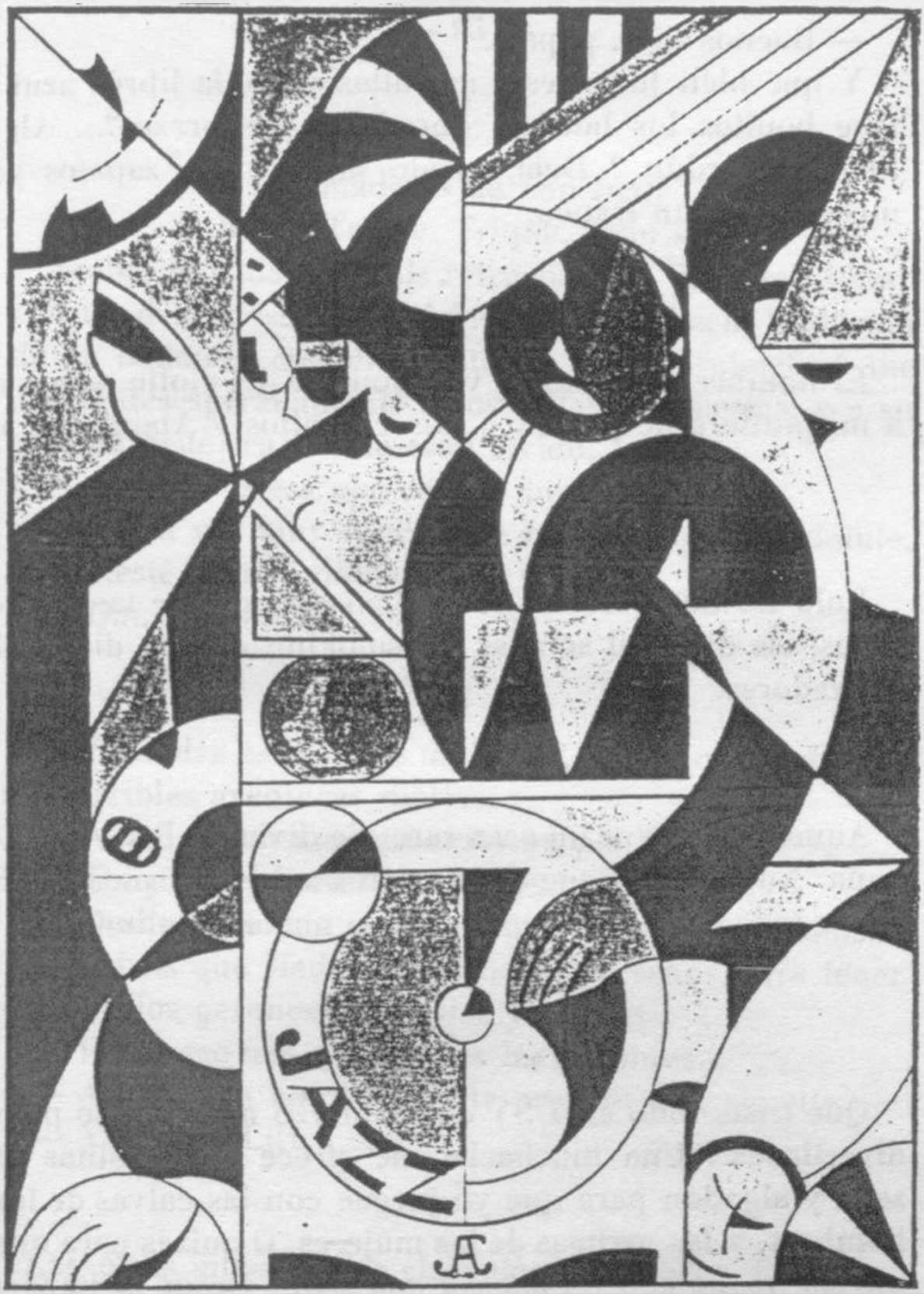
Llovia.

Una mujer, una verdulera, pasó por mi lado oliendo a mujer.

Senti que un perfume, viejo de dos años, se me iba para siempre de la nariz.

*Strasbourg, 1925.*






Me quito el abrigo sin la ayuda del hombre de la guardarropia.

— Buenos dias, papá !

Y qué bién lucen esas medallas sobre la librea azul ! Que bonitos los botones dorados ! Y el brazo ?... Ah ! Fué en Verdún ? Deja, puedo sacudir mis zapatos yo mismo. Ten un franco.

∴

El hombre del saxofón y el hombre del violin, sonrien a mi pitillera de plata y a mis cigarillos « Abdullah's ».

∴

Lulú no tiene senos. Se los han gastado, de tanto pulirlos, las diez mil solapas de smoking de sus diez mil danzadores.

∴

Aquel hombre es un caso raro. Se divierte. Bebe champaña. No baila. Tiene dos mujeres sobre sus piernas. Y sobre todo, no se recuerda de que mañana es lunes.

∴

Que triste todo esto ! Y que esfuerzo más grande para divertirnos ! Una muchacha me ofrece unas bolitas de seda y algodón para que yo juegue con las calvas de los hombres, y las arrugas de las mujeres. O quizás para que me las trague con mi *whisky and soda*. Desde la impertinencia de mi monóculo, le pregunto :

— No tendria usted bombas... de dinamita ?

* * *

« Los maderos de San Juán
hacen Trique, Trique, Trán ».

Acabo de bailar un vals retrospectivo. Ella me llamó con un dedo tieso de diamantes. Yo me hacia la ilusión de ir bailando con el retrato de mi tatarabuela : me agarré desesperadamente a sus collares de perlas, y a su espalda histórica. Debia estar lívido.

— Ohhh... es esa una caricia suramericana ?

Con una voz muy ronca, que me salió no sé de donde, le contesté bajo su doble barba :

— *Oui, madame !!!...*

* * *

Que pálidas están éstas mujeres ! Yo las oigo contarse sus terribles aventuras diarias.

— Aquel idiota me desbarató un pié !

— Tengo los jarretes hinchados !

— Desde hace una semana tengo las mismas medias !

— Sabeis que Maddo se pellizca los senos para tener siempre los pezones bien rojos y erectos !

— Y con eso nos quita todos los hombres...

— A todos los hombres yo te prefiero a ti, Ginette...

— Y yo a ti, Lily...

* * *

Las otras mujeres, las elegantes, no hablan. Están todas hechas por el mismo costurero. La misma mano dibujó todas las sonrisas. Esperan. Esperan hasta que la Muerte, asexual y galante, venga a frotar sus iliacos contra sus sexos uniformes.

∴

El danzador profesional parece una momia dentro de su smoking. Cuando hay muchas viejas, se relame las ojeras de gusto. El danzador no tiene nombre, es un aparato de cautchouc que los maridos preocupados ponen al alcance de sus esposas demasiado exigentes.

∴

« *Yes, we have no bananas !* ». Y estamos confesando esto sin pensar como debe reirse el Diablo de nosotros !

∴

— Te amo.
— Te amo.
Y la Tierra sigue girando... tranquilamente.

∴

— Te amo, pero no me beses : tendria que peinarme de nuevo y empolvarme y ponerme rojo...

∴

Cuando los negros del jazz se reposan, el gerente adquiere una silueta descomunal de contramaestre de galeras. Yo imagino los chasquidos de un fuete sobre nuestras espaldas :
— Ea ! divertios !

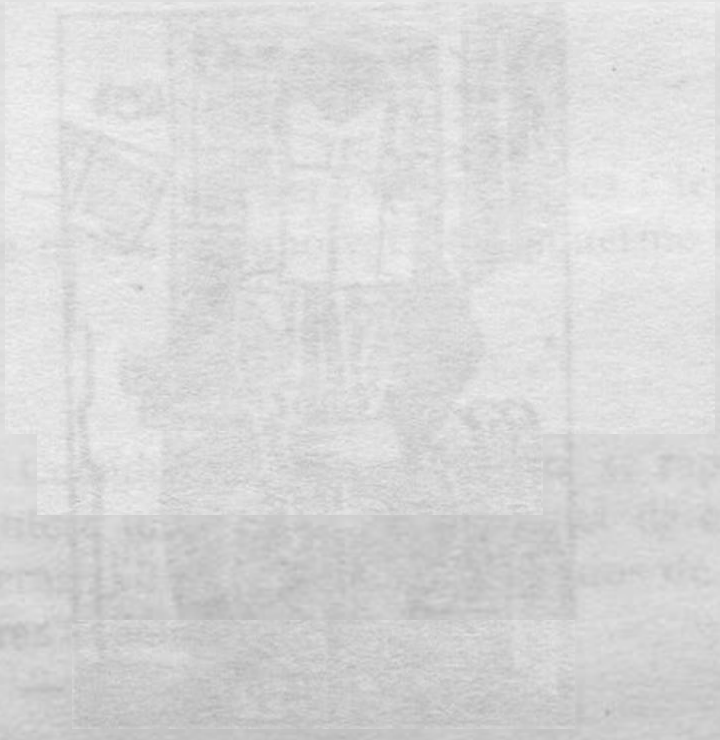
∴

Nada mas triste que ésta sala de dancing solitaria. Todos se han ido. Algo terrible ha pasado por aqui. Algún cataclismo. Una mujer ha olvidado un chal rojo.

∴

Y tendremos que volver mañana !

*Colonia, 1925.*



la mujer que tenia la risa en « i »

Los periódicos de la mañana publicaban a noticia. Miss Meyer habia sido asesinada en su apartamento de

Passy. La habian encontrado desnuda sobre un gran diván de terciopelo rojo. Ante los ojos, desmesuradamente abiertos, sus sempiternos espejuelos de concha y sus cabellos atados por un lazo de cinta negra como una mariposa descomunal.

Cerca del diván un fonógrafo con un disco aprisionado todavia por la aguja inmóvil. El último fox : *Somebody loves me.....*

Además, el médico legista declaraba que Miss Meyer habia sido estrangulada. Dos manchitas violetas alrededor del cuello. El cuerpo no revelaba ningún signo de violencia. Tranquilamente harmonioso, con las piernas suavemente entreabiertas. Cuanto a los móviles del crimen y el nombre del criminal la policia y los diarios se perdian en conjeturas.

* * *

Yo conocia el asesino. Delimir Kampatrovitch era el asesino de Miss Meyer, después de haber sido su amante.

Mientras terminaba de vestirme esa certeza se hizo en mi.

La misma Miss Meyer me habia presentado su amante, una tarde, sobre el campo de polo de Bagatelle.

Nunca he visto una cara mas aburrida que la de aquel muchacho tan elegante. Su querida le seguia como su sombra. Aquella pareja hacia un contraste cómico. Porque yo nunca he visto tampoco cara mas imbécil, mas bestialmente sexual, que aquella cara de Miss Meyer. Bajo la campana del sombrero, la nariz dominaba todo,

inquieta, como ávida de olores de hombre, una nariz toda aristas sobre la línea indefinida y roja de la boca.

Momentos después de aquella presentación volví a verlos, alejándose por una avenida del bosque. Como un auto pasase rápido cuando ellos atravesaban, vi el brazo de Delimir Kampatrovitch adelantarse bruscamente como queriendo precipitar entre las ruedas a Miss Meyer. Pero el relampago gris de la Roll's había pasado y la pareja siguió caminando lentamente bajo los árboles.

Yo estaba seguro. El, era el asesino.

* * *

Ya en la calle llamé un taxi y le grité al chauffer la dirección de Kampatrovitch. Lo encontré preparando sus maletas. Estaba alegre y tarareaba el último *blues* a la moda.

— Salgo ésta noche para Biarritz !

— Si ? Pero, por qué estranguló usted a Miss Meyer ?

Comenzó a ponerse lívido y su frente se humedeció ligeramente. Inquieto, yo espiaba sus manos largas y cuidadas que temblaban. Por un momento creí que iba a lanzarse sobre mi. Pero no. Aparentemente sereno, se preocupaba ante el espejo con el nudo de su corbata donde blanqueaba una perla. Cerca de la cama deshecha vi una jeringuilla y una ampolleta rota. Sonreí.

— Le voy a contar, me dijo.

Sentóse frente a mi y comenzó, lentamente, con un temblor en las manos, la mirada lejana, y la voz ronca...

— Esta Miss Meyer tenía una risa en « i »... Yo no

podia soportar aquella risa que se me clavaba como un alfiler en el bulbo raquideo. Que yo la mirase, que le diera un beso, que me durmiese al lado de ella, aquella risa siempre : i i i i i i i i ..... la hubiese matado desde el primer dia si yo no hubiese vivido de su dinero. Ella me pagaba por cada vez..... y mientras me daba su dinero se reia : i i i i i i..... He sufrido mucho, creame. Aquella majer tan horrible tenia el cuerpo mas estúpidamente bello que he visto. Un cuerpo hecho como a cálculos, harmonioso, frio, matématico. Un cuerpo como una estatua, sin vida. Todo era imposible con aquel cuerpo. Yo he sido un héroe para ganar ese dinero. Ella lo sabia y por sobre mi angustia y mi ridiculo su risita, su maldita risa : i i i i i..... Yo debi haberla matado antes ! Mire. Ella era terrible de mal gusto y de imbecilidad ! Sabiendo que solo su cuerpo era bello, cada vez se desnudaba toda, y guardaba aquellos terribles espejuelos de concha y para colmo siempre ataba sus cabellos con aquella formidable cinta negra !

Ella queria lo imposible. Un dia le aconsejé que buscase una docena de negros... yo no podia... Pero Ella me amanezaba con el escándalo, la prisión, además me amaba... me amaba ! y yo tenia que llevarla a las playas... a los dancings ! por todas partes las gentes que reian de mi y de aquel esperpento !... Y en la noche, cuando fingia dormir, después que esa mujer habia querido exprimirme todo... su risa, bajo la luz rosa :

i i i i i i i i i i !

Oh ! yo debi haberla matado antes ! aquello duró un año... Ahora creo que fué un siglo. He envejecido. Me he quedado sin fuerzas y sin voluntad. Pero anoche ya no ude más... Le rogué que me dejáse tranquilo, que

tuviese piedad de mi, que yo trabajaria, que le pagaria todo !

— No, ven, ven... me decia.

Y yo, todavia atraido por aquel cuerpo que era bello, usted lo sabe, fui una vez más, horripilado...

— Hazme mal, hazme mal... me decia...

El fonógrafo desgarraba por centésima vez : *Somebody loves me*... la luz rosa... los espejuelos de concha... el lazo negro... yo le apretaba el cuello... Mas ? y ella :

— Si, si, hazme mal, ámame.....

No pude mas... apreté... apreté... Y su risa... todavia a oigo : i i i i i i i i i i i.....

* * *

Delimir Kampatrovitch, jadeaba. Sus manos temblaban pavorosamente. Me despedi.

— Adiós, lo he comprendido.

*Strasbourg, 1925.*

# la ultima aventura de charlot

I

Charlot está definitivamente arruinado. A cada lado de

su bigotillo una mala arruga encierra, en un paréntesis de espanto, su boca.

Charlot sonrie y con la manga de su americana lustrosa se enjuga una lágrima tenaz. Una lágrima gruesa como un melocotón.

Pero Charlot sonrie. Sonrie porque si. Pasea por su habitación como deben hacer los hombres preocupados y hace piruetear su junquillo. De repente, ensaya un nuevo paso de shimmy. Las lágrimas gruesas como melocotones le aplastan la nariz.

Una gran carcajada que viene de los cinco continentes llega hasta él.

Charlot sonrie y tira una pequeña coz, como un asno jóven.

## II

Charlot sonrie siempre y hace los preparativos de su suicidio.

Sus zapatones chapolotean en un gran lago de lágrimas.

Con sus tirantes Charlot prepara un nudo para ahorcarse de veras. Un gran hipo de miedo le contorsiona el rostro. Sonrie.

Pero Charlot quiere suicidarse.

Considerándose ya muerto, entona la Marsellesa por el descanso de su alma. Luego, se signa con las dos manos a la vez.

Y el cuello bien ligado por sus tirantes se suspende de un clavo que hay en la pared.

En el fondo de la Patagonia, una madre levanta su hijito en los brazos para que vea la muerte de Charlot.

## III

Pero los tirantes se han ido extendiendo poco a poco y Charlot toca de nuevo el suelo con sus zapatos descomunales. Sus pantalones caidos son como un par de grillos.

Encuentra que la vida es agradable y sonrie Deshace el nudo y contempla los tirantes mugrientos que oscilan pendidos del clavo. Charlot hace una mueca de asco a la pared. Ajusta sus pantalones con una corbata roja y baila

Silba un aire conocido : *It is a long way...*

Cerca del rio Mackensie unos mineros gritan : Hurrah !

## IV

Escondido entre un montón de números viejos del *New York Herald*, un muchachito rubio grita :

— Charlot, tengo hambre !!

Es el hijo de Charlot.

Charlot se encoje de hombros y sonrie. Llora. Está desolado. Registra toda la habitación buscando pan. El sabe que no hay nada pero quiere olvidarlo.

Súbitamente se dá una palmada en la frente. Evidentemente, ha encontrado una idea.

Con su brocha de aleitarse y un resto de la crema negra con que lustra sus botines pinta en un cartón una cara grotesca.

Su hijo sonrie y grita :

— Charlot, tengo hambre :

Charlot se tapa los oidos y llora. Sonrie. Con unas tijeritas se corta una mano y se la tira al niño :

— Comé !

El hijo de Charlot se come la mano y grita :

— Charlot, tengo hambre !

En una aldea de Siberia unos hombres barbudos aplauden.

V

Bruscamente se quita su americana y su camisa.

Se acuesta en el suelo y sonrie.

Llora.

Llama a su hijo y le dá las tijeras diminutas :

— Escarba aqui !

« Aqui » es el corazón de Charlot.

El niño escarba, escarba, y saca un gran corazón sangriento con sus manecitas blancas :

— Qué es ésto, papá ?

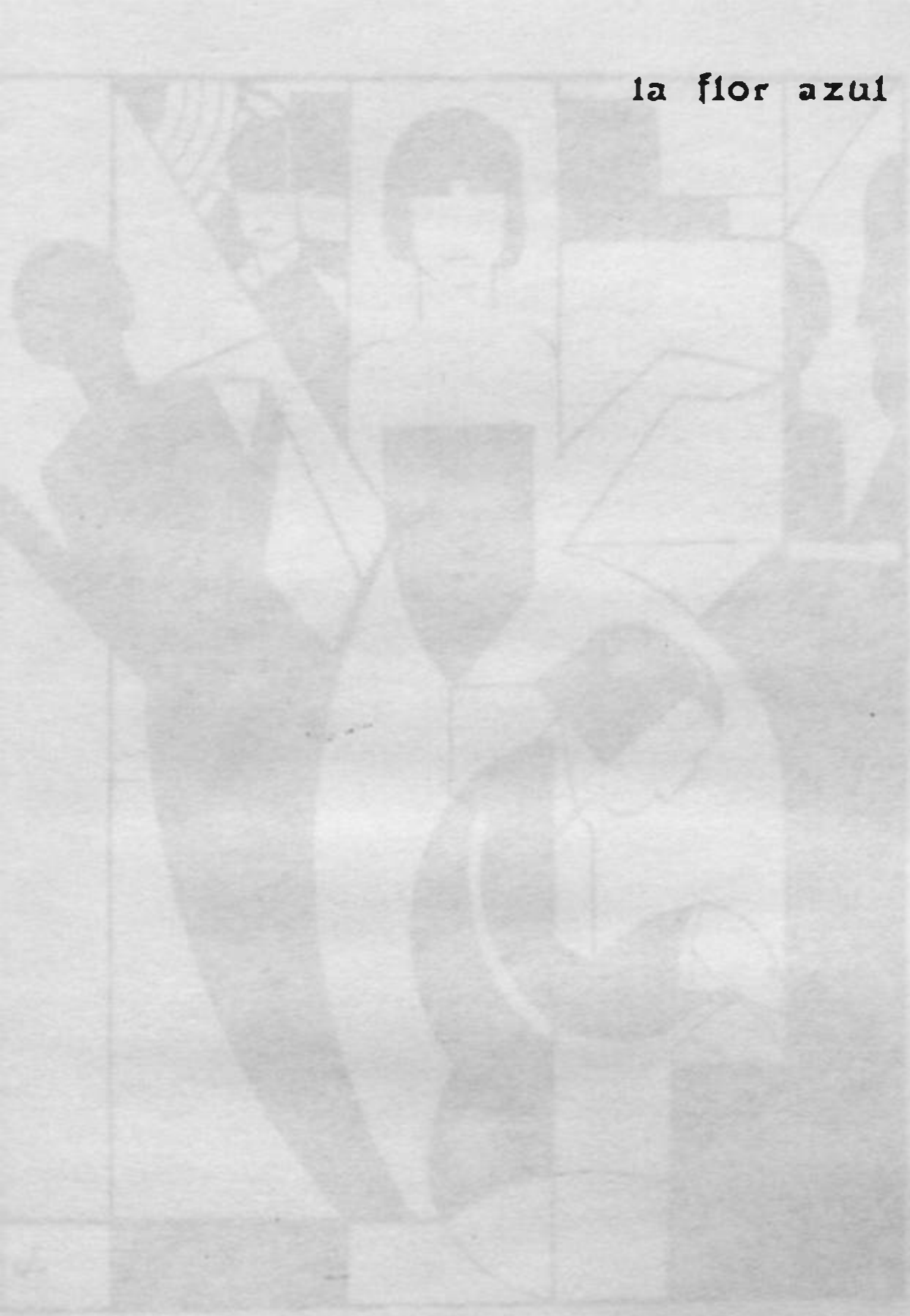
Charlot no responde. Está muerto.

El muchachito rubio medita un momento y se come el corazón. Despues sonrie :

— Es un beafsteak...

Una gran carcajada va rodando por la humanidad entera.....

# la flor azul



La sala del teatro estaba repleta. Florina, la célebre cantatriz, debutaba aquella noche. Sobre el fondo de

terciopelo negro. su traje parecia una herida imposible hecha en los flancos eternos de la noche. En su tez mate en sus ojos y sus cabellos sombrios. se rompian las miradas de todos los hombres. Ni el mas ligero gesto descomponia aquella glacial actitud de estatua. A penas si la flor roja de los labios se entreabria para ir dejando salir las palabras como un chorro abrasante de lava. Lentamente. el gran boa de la canción se iba desenvolviendo. lentamente. y dijerase que iba aprisionando. entre sus nudos mórbidos. el sexo de todas las mujeres y la garganta de todos los hombres.

En la sala. el aire parecia aplastarse sobre el auditorio, denso. irrespirable. En el ambiente habia la misma violencia de las tardes de tempestad.

Y la canción terminaba. Trunca. Sin motivo. Como habia comenzado. Sobre la escena. la flor roja de la boca se habia cerrado y la mirada negra seguia contando su extravagante historia de Deseo y Lascivia.

* * *

. El piano. solo. seguia glorificando el motivo de las palabras. Agarrado al almazón negro y blanco. un hombre. como un naufrago. lívido. repetia el tema inolvidable. Y. bruscamente. el silencio. Las ojos de la cantatriz sonrieron y el hombre respiró profundamente : salvado.

La guillotina del telón decapitó. diez veces consecutivas, la invencible hidra frenética del aplauso.

* * *

Por los pasillos se comentaba. El hombre del piano era el autor de las canciones. El poeta Vasil. Yo conocia

algunos de sus poemas. Neurosis abracadabrante. Recordé algunos temas. Comprendí. Por eso esa manera loca de agarrarse al piano tan desaforadamente, esa angustia, ese drama de lo tan secundario al lado de lo tan absoluto y triunfante de la voz de Florina : su querida.

Y cada noche yo asistí al teatro, mas para verlos que para oirlos.

* * *

Una vez, una nueva canción : « *La flor azul* ».

Las palabras eran como un gran grito de salvaje en la noche. Un grito de angustia, de furor impotente, de ansia loca. En un segundo plano, el piano iba rugiendo como un huracán de imposibles. Súbitamente, incomprensiblemente, la voz, el gran lamento, la queja formidable de la hembra perdida en el estremecimiento laberíntico del espasmo, vibró sola, siguió, llenó la sala entera, libre, sola.

El mecanismo del hombre se habia roto sobre el mecanismo del monstruo de ébano. Sudoroso, con las facciones desencajadas, habia abierto los brazos sobre la carcajada blanca del teclado, mínimo, ridículo de terror y de espanto.

El rayo de los aplausos se desencadenó, una vez mas, inconciente, sobre aquella miseria del hombre que se habia roto en pedazos.

* * *

Hice que me presentaran aquel hombre. Penetré en el tormento de trabajo y de amor de aquella ruina humana en busca de la armonía y de la palabra. Florina, en la

paz del apartamento, era como un idolo lejano de todo dolor y de toda angustia.

Vasil me contó la historia de « *La flor azul* ». Me dijo de su impotencia de ejecutante ante la frase musical que él habia escrito. Me dijo mas :

— Yo he deseado mi mujer hasta la locura. Ella ha ido devorándome poco a poco mi inteligencia, mi salud, mi alma. Y ahora yo estoy impotente de cuerpo y de espiritu. Yo se bien que el mundo ha retrocedido. Solo la idea de la Carne, de la locura vertiginosa, podrá conmover la Humanidad inconmovible. Fué esa idea de coito espantoso, tenebroso, brutal, la que yo quise explicar en el piano bajo el alarido de la canción. Y, ya usted vé, súbitamente mis manos quedáronse inmoviles y sobre mi derrota quedó triunfante el lamento de la mujer. De la bestia insatisfecha. Mi coito de sombras inacabado.

* * *

Fué entonces cuando yo conocí a Brzinski un amigo de Vasil y Florina. Un gran cuerpo de atleta rubio y una cara inexpresiva. Pianista tambien. Seria él quién acompañaria a Florina en el próximo concierto.

Brzinski y Florina se amaban. Eso se comprendia en las maneras de la hembra, hambrienta siempre de mimos, y en una ligera sonrisa de ironia o de lástima que habia en la boca del hombre.

Y, como todo lo fatal, la noche del concierto llegó. « *La flor azul* » estaba en el programa.

La canción fué surgiendo, neta, terrible, de los labios de la mujer. Dócil, el piano iba cantando el motivo, rugiendo fieramente, sin titubeos. Era el momento del

coito *espantoso, tenebroso, brutal.* La voz imploraba, y el piano, macho, inexorable, ahogó la queja con un aullido de Fauno triunfante.

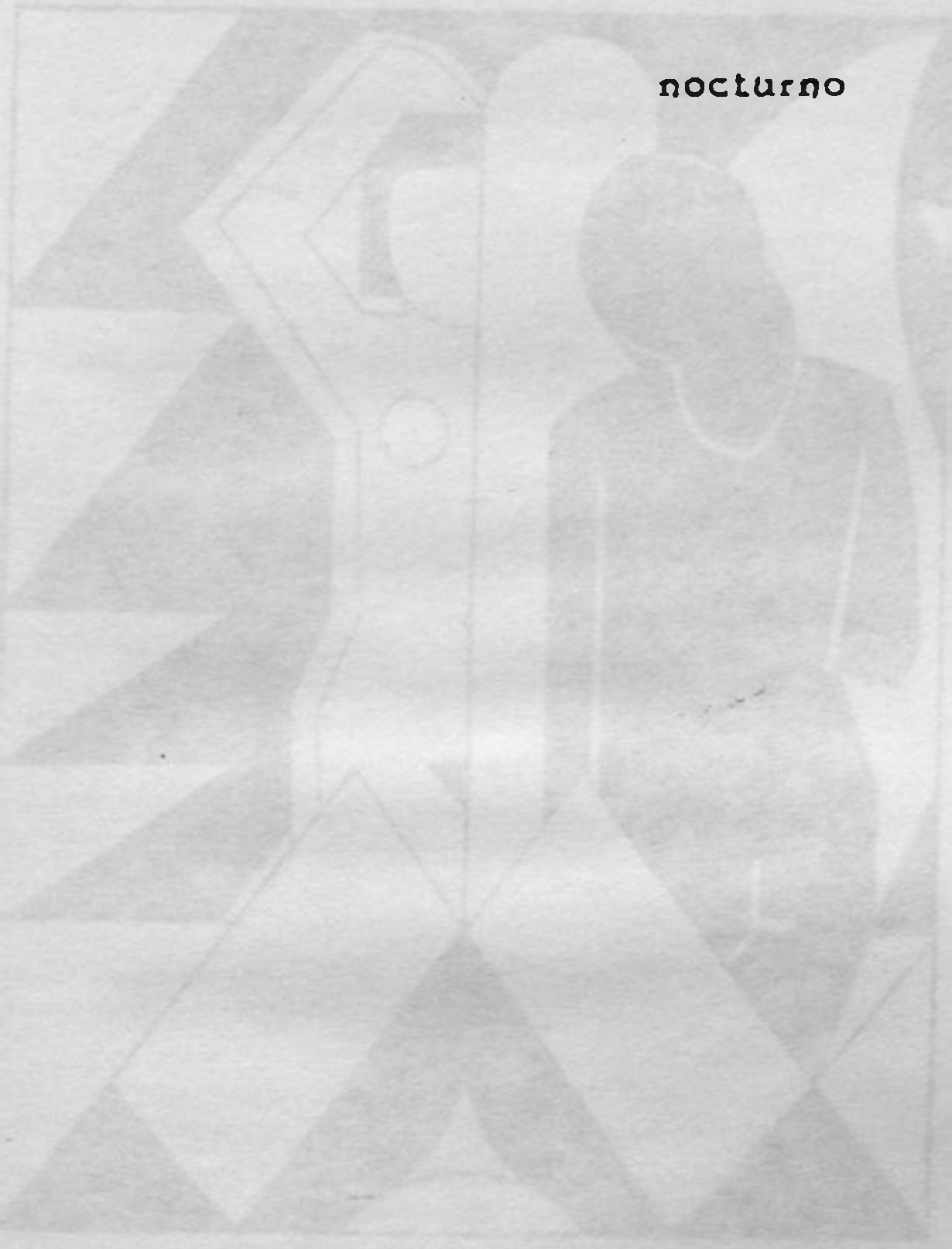
La posesión fué completa. La intuición de lo terrible, de lo sobrenatural, del espasmo grandioso, aniquilante, humedeció los labios de todas las mujeres y dibujo círculos negros bajo los ojos de los hombres. Cerca de nosotros: diluida en el aire que respirábamos, invisible pero casi tangible, pasó como una ráfaga, la sensación de una mujer que se entregaba para siempre.

Florina desplomose.

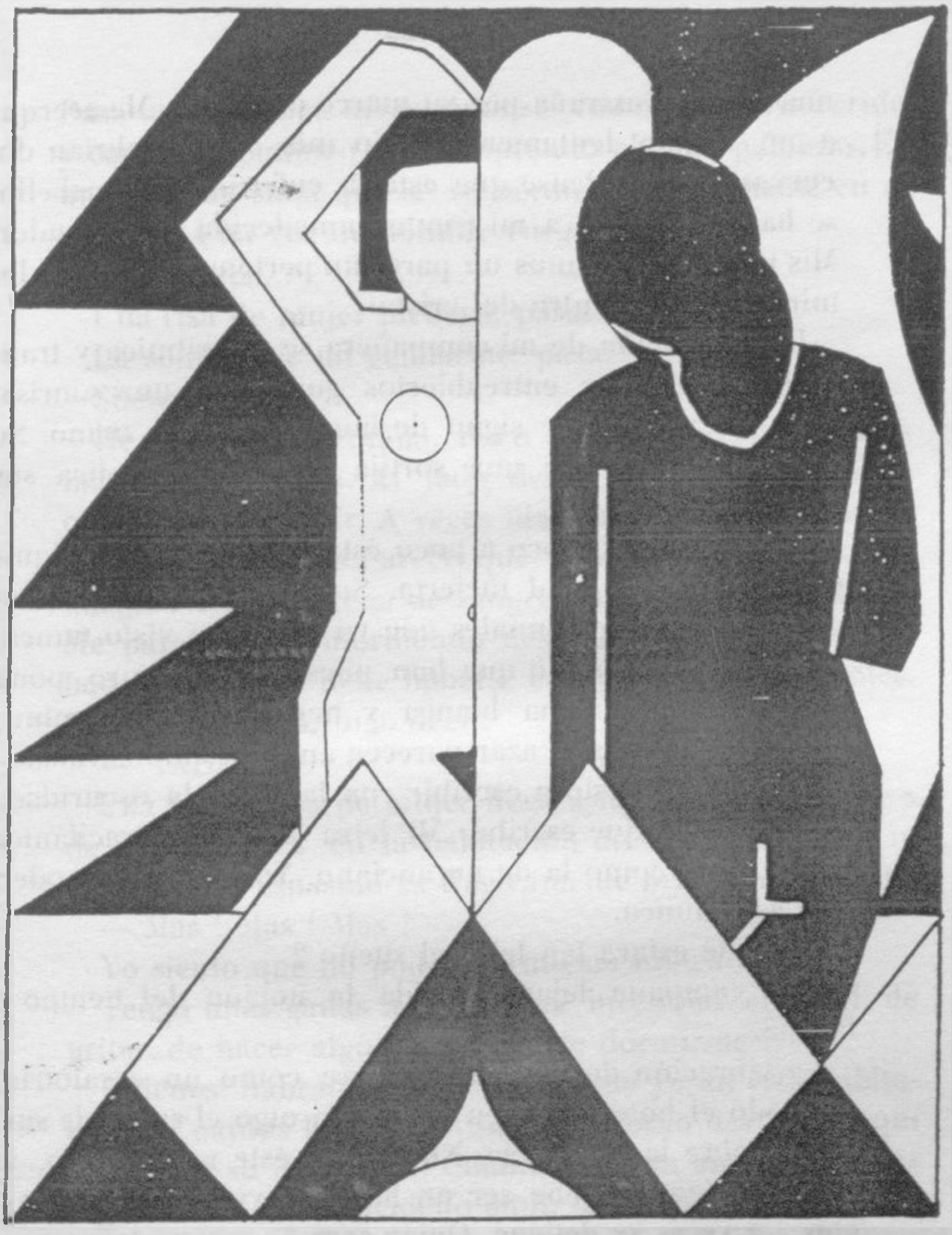
Algo se había roto en aquella estatua: algún líquido, remoto como una savia, debió abrasarle el sexo.

Vasil la había asesinado. Ahora él también estaba en la escena, el revolver todavía entre su pobre mano lamentable.

La marioneta se había roto para siempre. Su risa, su carcajada estridente como un chirrido, lo explicaba: Estaba loco.



nocturno



Me desperté bruscamente, porque soñaba que una mano de mujer me estrangulaba. Dejé la cama é hice luz. El espejo del armario copió mi silueta alargada de

una manera extraña por su marco de ébano. Me acerqué a mi mismo lentamente. Bajo mis ojos se abrian dos curvas negras. Pensé que estaria enfermo. Mis cabellos se habian pegado a mi frente humedecida por el sudor. Mis piés y mis manos no parecian pertenecerme y yo los miraba flotar dentro del cristal.

La repiración de mi compañera se oia rítmica y tranquila. Sus labios entreabiertos guardaban una sonrisa, pero yo no sé que signo de horror hacia su mano. Su mano blanca donde una sortija inmensa complica sus arabescos.

Apagué la luz. Poco a poco ésta habitación fué adquiriendo una tonalidad incierta. Sobre las paredes habia miles cosas descomunales que yo no habia visto nunca.

El paisage anodino que han puesto en el muro, pone una terrible mancha blanca y negra en la penumbra. Mis ropas tiradas al azar parecen animales monstruosos.

Yo me he puesto a escribir con lapiz en la oscuridad. Yo no veo lo que escribo. Mi letra debe ser vacilante, temblorosa, como la de un anciano. Yo no espero poder leer esto nunca.

Por qué estará tan lejos el sueño ?

Una campana lejana me da la noción del tiempo : la una.

La vibración de un timbre corre como un escalofrio por todo el hotel. Alguien entra. Yo oigo el ruido de sus pasos sobre las escaleras. No vive en éste mismo piso, y sigue subiendo. Debe ser un hombre viejo o un borracho... a veces se detiene. Quién será ?

Yo abro la ventana y respiro largamente. Todo parece aplastarse bajo la noche. Unos hombres pasan, ebrios, gritando una canción en una lengua extraña. Silencio.

Pasa una anciana, arrastrándose como un perro herido y cantando también. Yo comprendo algunas palabras. Es un canto de cuna que se vá perdiendo lentamente en el silencio. Una voz de hombre ruega :

— Ven, ven...

Una risa de mujer plebeya, pasa.

La sombra de un gendarme, pasa.

Silencio.

He cerrado la ventana. Poco a poco, miles cosas ínfimas van creciendo. Al lado debe vivir un tísico. Yo lo oigo toser y escupir. A veces blasfema. Su respiración es violenta. Terrible. Parece que está al lado mío. Yo me imagino su boca llena de sangre y sus ojos desorbitados. Me parece verlo mordiendo desesperadamente la almohada. La sangre debe haberse cuajado sobre sus bigotes. Claramente yo le oigo decir.

— MADRE !...

Una risa fresca de mujer llega a mí. Después una risa de hombre. Es en la habitación de en frente. Se están amando. El espasmo es trágicamente brutal en la noche.

— Mas ! Mas ! Mas !

Yo siento que no podré dormirme nunca !

Tengo unas ganas horribles de incendiar el hotel, de gritar, de hacer algo tremendo, de dormirme !

Quiénes habrán vivido antes que yo en ésta habitación ? Cuantos hombres insonnes habrán devorado aquí sus iras y su tormento ? Cuantos habrán amado ? Quizás alguién se habrá suicidado aquí, también !

Horrible, todo esto !

El grito de la mujer como un aullido llena todo el hotel. El hombre ríe. Al lado, el otro hombre se rasca la garganta y escupe y blasfema.

Silencio.

El reloj canta. Las cuatro.

Si me estaré volviendo loco ?

Quiénes vendrán mañana a dormir aquí mismo ?

Yo adivino que al lado el hombre se está muriendo. Grita :

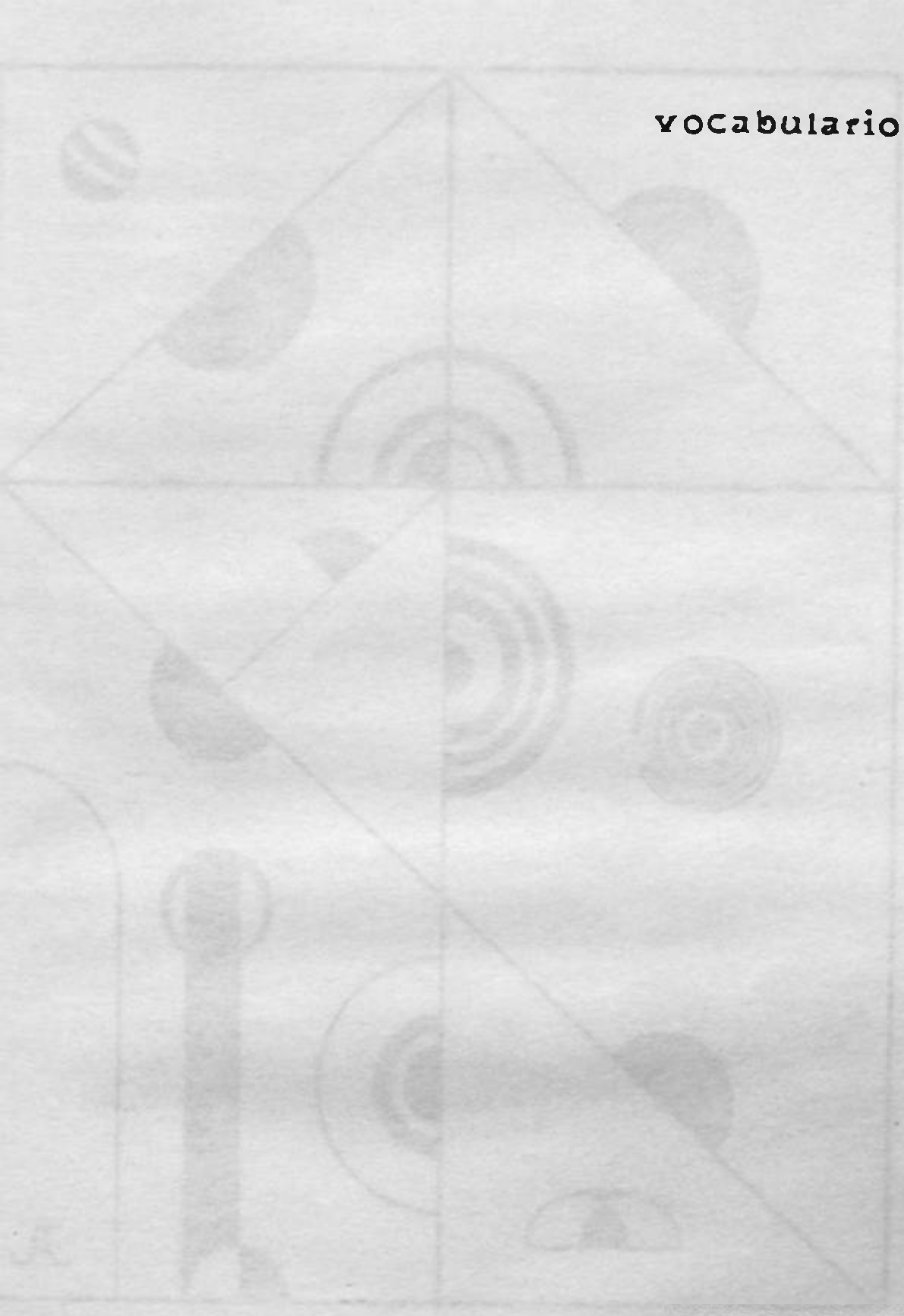
— MADRE ! MADRE !

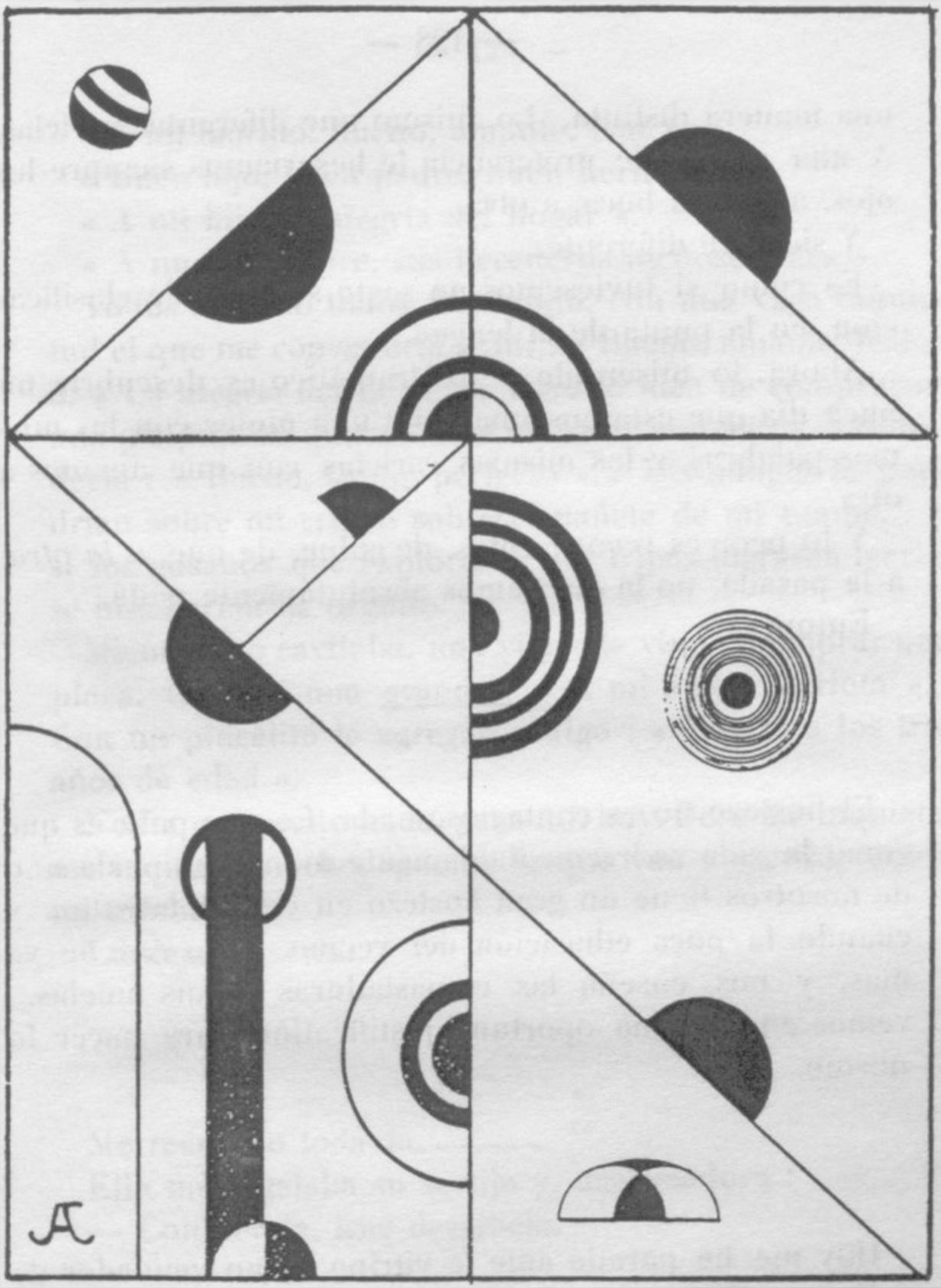
Yo siento que no podré dormirme nunca !

Nunca !

*Strasbourg. 1925.*

# vocabulario





No es raro. Todos tenemos palabras diferentes para mujeres diferentes. Hay miles maneras de hablarle a una mujer, a solas, bajo las sábanas, y para cada mujer hay

una manera distinta. Lo mismo que diferentes caricias. A una mujer, de preferencia le besaríamos siempre los ojos, a otra la boca, a otra...

Y siempre diferente.

Es como si tuviésemos un sexto sentido, de clasificación, en la punta de la lengua.

Ahora, lo miserable y lo dramático es descubrir un buen día que estamos amando a una mujer con las mismas palabras y las mismas caricias con que amamos a otra.

Y lo peor es recordarmos, de golpe, de que, *a la otra*, a la pasada, no la queríamos absolutamente nada.

Entonces...

---

El bostezo no es contagioso nada. Lo que pasa es que como la vida es irremediablemente monótona, cada uno de nosotros tiene un gran bostezo en estado latente... y cuando la poca educación del vecino no lo retiene ya más, y nos enseña las empastaduras de sus muelas... vemos en ello una oportuna justificación para hacer lo mismo.

---

Hoy me he parado ante la vitrina de un vendedor de epitafios. Están todos hechos de antemano. Las inscripciones parecen redactadas por una vieja solterona, huérfana desde siempre y virgen. Me la imagino con los ovarios petrificados por la falta de uso.

« A mi marido, bueno, amante, leal ».

« Buen hijo, buen padre, buen hermano ».

« A mi hija, la alegria del hogar ».

« A nuestro padre, sus herederos inconsolables ».

Yo los he leido todos, buscando, con una vaga inquietud el que me convendria a mi... « Bueno, amante, leal », o, « La alegria del hogar ». Tuve la idea de comprarme una plaquita en imitación de marmol, con letras doradas, decia : « Bueno, sabio, perfecto »... Mis amigos la pondrian sobre mi cruz o sobre el pañete de mi tumba... y si los gusanos que explorarán mis tripas lograsen leerla, se hincharian de orgullo.

Mientras yo cavilaba, una viejecita vino a comprar una placa. Compró una grande : « A mi nieto, patriota »... Con un pincelito le agregaron algo : « Muerto a los tres años de edad ».

No he comprado nada, para mi, hoy. Pero me inquieta, me inquieta mucho, ignorar lo que van a escribir sobre mi tumba.

Lo dejaré escrito.

---

Me recuerdo todavia.

Ella me regalaba su sortija y, acariciadora :

— Consérvala, trae desgracia.

---

A pesar de haberse lavado el sábado, la semana hiede el domingo.

Hiede a axila a pies. Es un olor que va de la cebolla al agua de lavar platos. El domingo hiede a domingo.

El domingo es un dia Ford.

El domingo es un dia preparado sintéticamente, en los laboratorios de Henri Esders.

---

Ella era tan bella, tan pequeña, y tan frágil, y su carne olia tan bien a amor y a cosa fresca, y su piel era tan suave, tan agradecida bajo la caricia, que todas las mañanas yo sonreia cuando, — medio dormida todavia. — Ella besaba amorosamente sus hombros, rosa y rosa, diciéndose :

— Buenos dias, tu.

---

Cuando el hombre que usa peluca se quita el sombrero, para saludar, lo hace prudentemente, como un niño abriria una caja de la cual — seguramente — habria de salir un diablo rojo tirándole la lengua.

---

Aquella mujer tenia dos ojillos brillantes de serpiente. Mejor, parecia que tenia una serpiente aplastada bajo la piedra roja de los cabellos.

Yo adivinaba que, con aquella mirada cortante de ani-

mal en acecho, esa mujer se divertia en desnudar todos los hombres.

Cerrando mis ojos, podia imaginar un mundo nuevo con todos los hombres desnudos corriendo por las ciudades aterradas. En los tranvias los vientres y los muslos peludos se aglomeraban. Solo la figura de los Watman's, desnudos también, naturalmente, guardaba un yo no sé que de serio y definitivo. En las catedrales los arzobispos cantarian sus *Te Deum* ante toda la comunidad de feligreses acatarrados.

Los sastres se habian declarado en bancarrota o se habian puesto a fabricar pomadas milagrosas contra la calvicie.

Aquella mujer, con su mirada, hubiera querido que todos los hombres se librasen a indecencias de gorila, como en los dias de visita al Zoológico.

Al salir del café vi que todos los hombres corrian, levantando el cuello de sus abrigos, bajo la lluvia.

Respiré !

---

Otra vez, una mujer queria que yo hablase. No importa sobre que. No podia dormirse y queria palabras, palabras, palabras.

Entonces, heroicamente, comencé a contarle una historia prodigiosa, en árabe.

Para comprender mi inteligencia, debe saberse que yo no se hablar absolutamente nada en árabe. Pero la voracidad de la mujer estaba satisfecha. : Yo no estaba durmiendo.

---

Este amigo mio se parece a Napoléon. Desde niño todos se maravillaron del parecido y los amigos, mas tarde, lo llamaban Bonaparte, simplemente. Su habitacion esta llena de retratos del Emperador, entre los cuales mi amigo evoluciona con una perfecta tranquilidad. Habla del General Ney como de un conocido y en las calles se detiene a considerar las estatuas del hombre de Austerlitz... las suyas.

El parecido es exacto.

Nuestro hombre quisiera tener la sarna. Hará todo lo posible por ser cornudo.

En su modesto trabajo de escribiente, se aplasta bajo la tremenda responsabilidad de su parecido :

El secretario del Notario, que se parece, como una gota de agua a otra gota de agua, al Emperador.

---

Todos conocimos aquel bonito muchacho de treinta años que llegada la hora de las confidencias, una noche, échose hacia atrás y nos dijo :

— Ninguna mujer me ha poseido !

Los mismos, de siempre, alli reunidos, sentimos una gran piedad por nuestros pobres cuerpos y quizás nos ruborizamos un poco.

Desde aquel dia blasfemamos menos y nuestro grupo fue haciéndose cada vez mas pequeño. Una noche me quedé solo con la Virgen :

— Estoy emocionado, me dijo. He ido a pasearme por esa callejuela donde de cada puerta sale una voz de mujer que llama. Cuantas groserias, cuantas ! Yo no cedi a

ninguna, ni a la que me tiraba de un brazo, ni a la que quizo besarme, ni a la que me dijo que para mi era « gratis »... Que triunfo !

Un momento después me preguntó :

— Verdad que yo tengo una bonita sonrisa ?

Como yo no respondiera, al cabo de cinco minutos me interrogó de nuevo :

— Cree usted que debo aplicarme algún preservativo, señor ?

Yo hubiera querido abofetearlo, pero solo pude gritarle, bien fuerte, tan fuerte que todo el café nos miró inquietamente :

— Ya no es tiempo, amigo, usted está sifilitico, sifilitico, irremediablemente sifilitico !

No lo he vuelto a ver. Ahora recuerdo que, al quedarme solo, pedi al criado un vaso de whisky para rasparme bien la garganta.

---

En mi pais todavia algunos padres poseen el secreto y la virtud de aconsejar a sus hijos.

El consejo paternal pertenece al dominio de la parábola. La metáfora se encuadra bajo un gesto amplio de la diestra y se subraya con la violencia del ceño. Los consejos casi nunca se comprenden, son como versículos mutilados de alguna Biblia remota.

En mi pais los padres dicen a sus hijos : « *Echale agua al vino* »... y aquello es definitivo y debe ser asi, por razones ancestrales y cuaternarias...

Pero mi padre, que me conoce mejor que nadie, me dijo un dia :

— « *Echale agua al agua* ».

Yo no pude seguir el consejo, porque no comprendí. Recién ahora me he venido a dar cuenta, de que de haber echado agua en mi agua, me hubiese evitado ésta cefalalgia constante.

---

Cuando yo entro a un hospital, el arco de la puerta de entrada se me clava en el ombligo. Después, todos los otros arcos y columnas van gravitando sobre el primero.

Al llegar donde el enfermo que quiero ver, éste debe asustarse siempre al verme llegar con mi carga de arcos y columnas sobre el vientre.

Al irme, los voy dejando cada uno en su sitio... y el que se me agarra al ombligo se lo dejo como propina al concerje.

---

El dia del cumpleaños de Claire, su madre la obsequió con una sortija donde habia hecho grabar : « *Calma !* »

Todavia la madre de Claire se recordaba, en las largas tardes invernales, de las tantas veces que, por su falta de sangre fria, cedió al deseo de conocer una « garçonniere » de Passy o un cuarto de estudiante sobre el Boul' Mich'.

---

Quien no ha robado nunca un objeto calquiera, no sabe la verdadera forma de sus manos.

En el preciso momento del hurto, la mano que peca se

vuelve larga desmesuradamente larga y pálida. En cada uña nace una garra y en el pulgar se siente toda la fuerza invencible que deben tener los pulgares de los estranguladores.

La mano que se alarga monstruosamente, es el símbolo de la Voluntad. Del deseo irresistible de robar.

Que el ladrón fuese fulminado por un rayo, momentos antes del robo premeditado, y veríamos la mano del muerto ir sola hacia el objeto codiciado.

El instinto de los ladrones reside en las palmas carnosas, húmedas y suaves, de sus manos.

---

El hombre que se ha comprado un libro de Urbanidad para mejor comportarse, comienza por insultar el recuerdo de su madre y de su padre.

---

Luz morada... Olor de mujer que hemos amado mucho y que se ha quedado dormida...

---

La palabra « bonito » aplasta con el peso de su imbecilidad a todos los que cometen la idiotez de pronunciarla.

---

A donde habrán ido a parar tantas muchachas prostitutas como hemos encontrado en nuestra vida ?

Unas estarán en el hospital, otras en las salas mal olientes de disección, otras se habrán casado con buenos burgueses sudorosos — redentores intuitivos — o con los muchachos flacos que tocaban el *banjo* en los dancings siniestros !

Pero... las otras ?... las que se acostaron con uno — en tantas noches llenas de vino y de banalidad — esas ! donde habrán ido a parar ?

# historia de mi suicidio

Yo estaba almorzando en la terraza de un café de los bulevares. Una docena de ostras y un vinillo blanco y desaborido.

El bulevar marea, como esas películas en las cuales un hombre se nos viene encima montado en una motocicleta. Me estaba tragando, junto con las ostras, un millón de piés de peatones apresurados y ochenta mil ruedas de taximetros. Sobre el topacio falso de mi copa, una capita tenue de polvo que me rascaba la garganta... Sobre cada ostra yo tenia una perspectiva de cincuenta mil péndulos.

La persona que ocupaba el sitio frente al mio, al irse, habia dejado un cuadernito arrugado sobre la mesa. Por entre las hojas entreabiertas pude ver una escritura diminuta y apretada. El criado, solicito, me preguntaba :

— Es suyo ?

— Si !

Pagué y sali azorado. En mi casa he descifrado la escritura de jeroglifico del cuadernito. Una historia que yo encuentro maravillosa. La copio, sin ningun pudor, como le dije al criado :

— Si !

*Historia de mi suicidio*

Toyoko Kourumoto habia dicho a mi mujer :

— Usted tiene la boca de Budha...

Por entre el humo de mi cigarrillo vislumbré un gran Budha apacible, con un diamante en la frente y un gran ombligo perdonador y estático.

Y era con aquella boca, que yo solo, sabia encarminada, grave o sonriente, que mi mujer me decia :

— Me matarás y después te matas tu...

Y-d-e-s-p-u-é-s-t-e-m-a-t-a-s-t-u.

YDESPUÉSTEMATASTU !!

En realidad, aquella solución se imponía. La espiral del hambre se había cerrado hasta su centro como un sexo voraz y fatal.

*Y después le matas tú.*

Un amigo me prestó una cantidad de dinero, ínfima. Varias veces yo había visto aquella pistola donde el armero. El arma parecía mirarme, de su mirada fuerte y tenaz. Yo sabía que aquella tenía que ser. La compré. Calibre 6.35. Por manía de rima, *aquello* debía ser a las 6.35 de la tarde.

Al salir con MI pistola en el bolsillo, todos los agentes de la policía parecían mirarme.

Yo iba á cometer un gran crimen.

Cual ?

Francamente, ni siquiera eso. Tuve una sonrisa de desilución.

Desde la vitrina de un anticuario, un gran Budha de bronce me daba la absolución...

Como son frías las pistolas ! ¡Pero todo eso ya no tenía importancia. Cautelosamente, como un ladrón, entré en mi cuarto. Mi mujer dormía. Mejor. Su boca de Budha tenía la culpa de todo.

Desde la pared, un retrato de mi padre fruncía definitivamente el entrecejo :

— Por ahí tenías que acabar !

Yo hubiese disparado contra el retrato. Delicadamente, le di media vuelta y lo puse de cara al muro. Me quedé huérfano. De pronto, una nueva preocupación me invadió : Sentíme meticuloso. Mis libros estaban en órden. Eso me alegró. Inconcientemente, rehice el nudo de mi corbata y puse un poco de brillantina en mis cabellos. Todo despacio, muy despacio, como quien dispone de

mucho tiempo. Cerré las ventanas. Era buena la vida, en aquella hora.

Me miraban. Era el ojo negro y tenaz de mi pistola.

Recordé.

Matarme ? Matarla ? Para qué ?

Mi cuerpo decia : No. Era una negación fisica, de mi carne, de mis huesos. Mis manos decian : No !. Descubri que era una mueca, agarrada a mi boca como una sonrisa, la que decia : Si !

Mi cerebro, neutral, ausente, lejano.

* * *

No apoyé el cañón contra su oreja. Inútil despertarla. Dos horas antes le decia : Te amo. En aquel momento lo pensaba todavia : Te amo.

No se como fué aquello. Abrió los brazos como dejando escapar algo. Un hilo de sangre corrió por la almohada.

Unos pasos y unas voces se aproximaban por el corredor :

— En el N° 13 !

— Es en el N° 13 !!

Abri la puerta. En la penumbra, mentí por última vez :

— No ha sido nada. El retrato de mi padre que se ha caido...

Cerré la puerta.

Estaria muerta ?

Por qué estaria muerta ?

La habria matado yo ?

Oh ! Cuanta sangre !

Coji mi abrigo para salir. El despertador cantaba : Tic-Tac, Tic-Tac...

Sobre la mesa, la pistola. Su ojo me espiaba. La adivinaba sin mirarla. Lo sabia por mi médula y por un sudor frio que tenia en la frente.

**Y DESPUES TE MATAS TU !**

Para qué ?

El retrato de mi padre oscilaba. Me lo imaginé, como siempre, con el entrecejo fruncido :

# — ASESINO !!

El despertador cantaba : Tic-Tac Tic-Tac.

* *

Asesino ! Tuve miedo. Un gran miedo atroz de aquella palabra. Le sentia como una bofetada ; bullia en mi sangre ; estrujaba mis huesos ; me axfixiaba : *Asesino. Asesino. ASESINO !*

Y me suicidé.

Abri los brazos como dejando escapar algo y tuve la impresión de que un hilo de sangre salia de mi oreja manchando la almohada.

Las voces y los pasos se aproximaban de nuevo. Quise salir para abrir la puerta y mentir otra vez, pero no pude. Entonces me di cuenta de que ya no estaba en mi cuerpo. Lo estaba mirando, tendido el lado de mi mujer, con los dientes muy apretados y los ojos abiertos. *Yo no era yo, sino mi pensamiento.* Comprendi que estaba muerto.

La criada abrió la puerta.

Ante lo que veia, solo tuvo una palabra que en ella hubiera podido ser un responso :

— MIERDA !

Mi hermano llegaba tambien. Vi que tenia los ojos llenos de lágrimas. Eso me alegró. Con una mano *mia* entre las suyas, sollozaba.

— Que imbecil ! Que imbecil ! Que imbecil !

Llegaba mucha gente. Mis amigos, avisados por teléfono, estaban alli. Crei que no habria sitio para mi. Me escondi sobre el marco negro del retrato de mi padre y de alli miraba todo como un espectador irremediablemente secundario. Llegó un señor acompañado de dos agentes de la policia. Todos marchaban sin ruido, menos esos tres extraños que hacian crujir sus zapatos de una manera atroz.

Nos desnudaron.

— Están muertos, dijo uno de ellos.

Ya yo no tenia médula para escalofriarme.

Después, el hombre que nos habia tocado pidió una servilleta limpia y se lavó las manos.

Alguien dió media vuelta al retrato de mi padre, donde yo estaba, y él volvió a mirar la escena frunciendo el entrecejo.

Senti mucha ira al oir los comentarios, tan banales :

— Caramba !

— Asi tenia que ser !

— Yo lo habia dicho !

— Lo mejor que ha hecho !

La criada habia vuelto a mirarnos y murmuraba :

— M-i-e-r-d-a-!

Sobre todo aquello, mi hermano que me miraba, a mi solo, y continuaba :

— Que imbecil ! Que imbecil ! Que imbecil !

∴

Yo buscaba mi mujer por la habitación. Imposible. Su cuerpo estaba al lado del mio ; pero era su otro yo *como el yo que yo era y que todavia soy que hubiera querido tener a mi lado.*

Constaté que carecia de dimensión, que era algo amorfo, absurdo, sin consistencia posible en el tiempo y el espacio.

Estaba solo.

∴

Vi a mi padre, bajo el sol de la aldea lejana, hablar con otro señor :

— Cuando mi hijo sea abogado...

Y vi a mi madre, ante sus imágenes de santos barbudos y diformes, de rodillas :

— Dios mio, por mi hijo que siempre ha sido tan loco...

Al pasar por el patio, las gallinas se agitaron, desoladas, y « Noir », el perro, levantó las orejas y gruñó dulcemente...

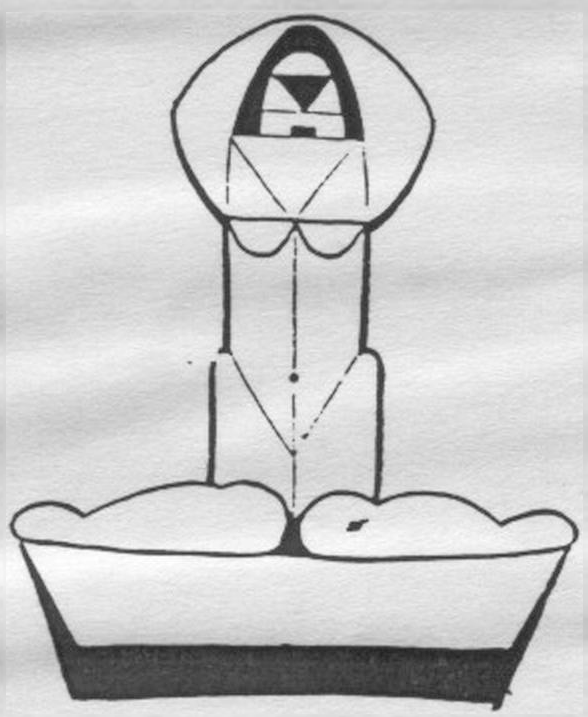
∴

No se que hacer. Me aburro.

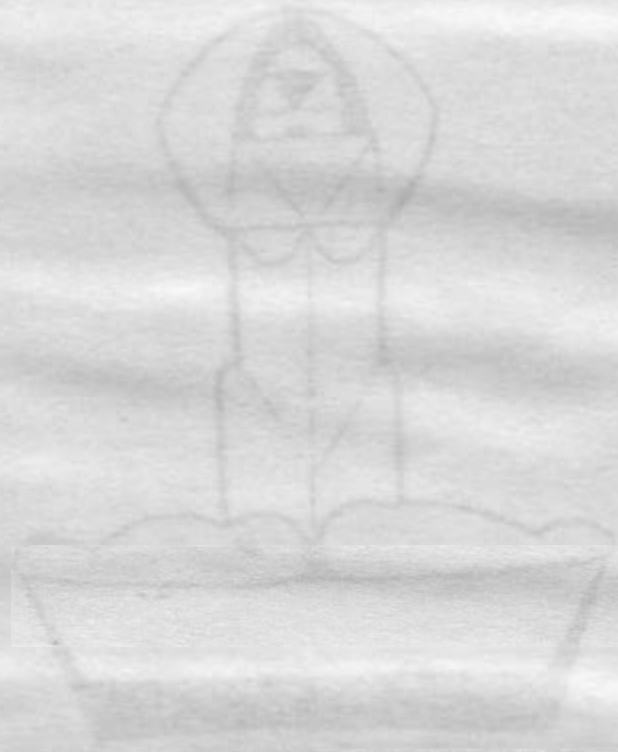
Quisiera poder suicidarme para siempre !

*Paris-Strasbourg, 1925.*

Terminado de Icer con Emma, el 28 de Mayo de 1951 en San Pedro de Macoris



FIN



# indice

Prologo ..... 17
El hombre que habia perdido su eje ..... 27
Las mujeres de Lewis ..... 35
Mi amigo el inventor ..... 43
Elogio de la soledad ..... 51
Kidd el imitador ..... 55
Gina la de las manos puras ..... 61
Por orden del muerto ..... 69
Elogio de las prostitutas ..... 75
La mujer sin olor ..... 83
Dancing ..... 89
La mujer que tenia la risa en « i » ..... 97
La ultima aventura de Charlot ..... 105
La flor azul ..... 111
Nocturno ..... 119
Vocabulario ..... 125
Historia de mi suicidio ..... 137